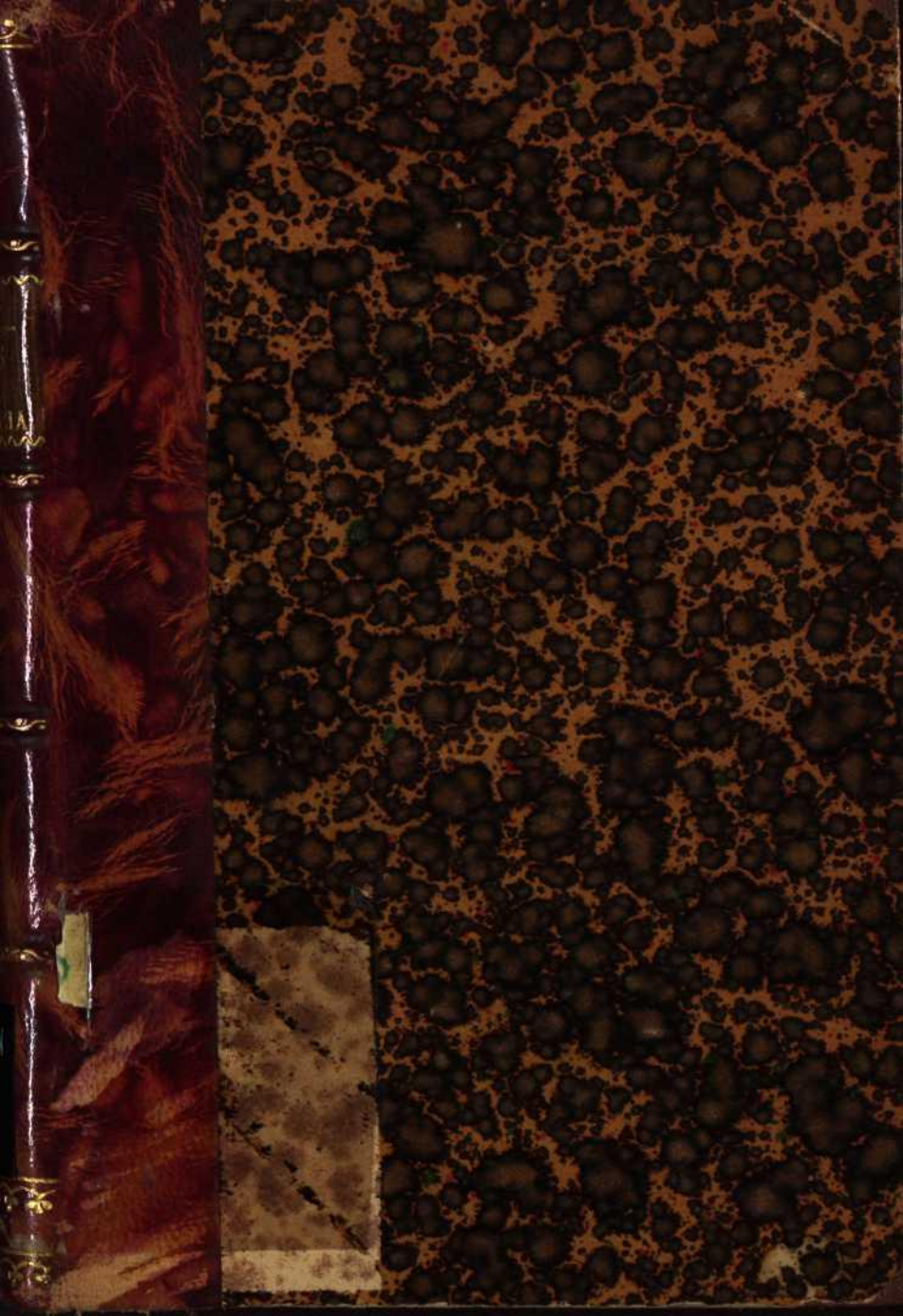
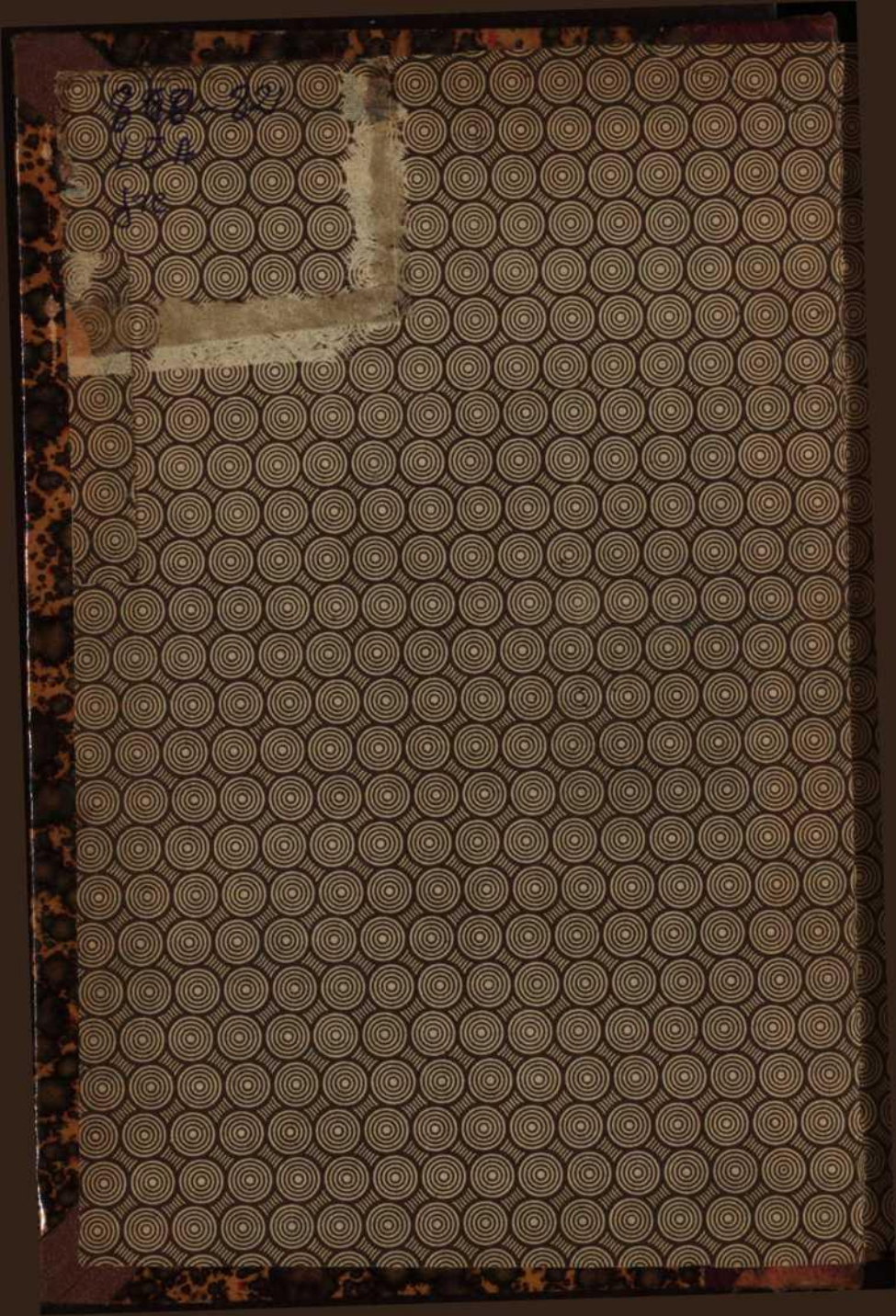


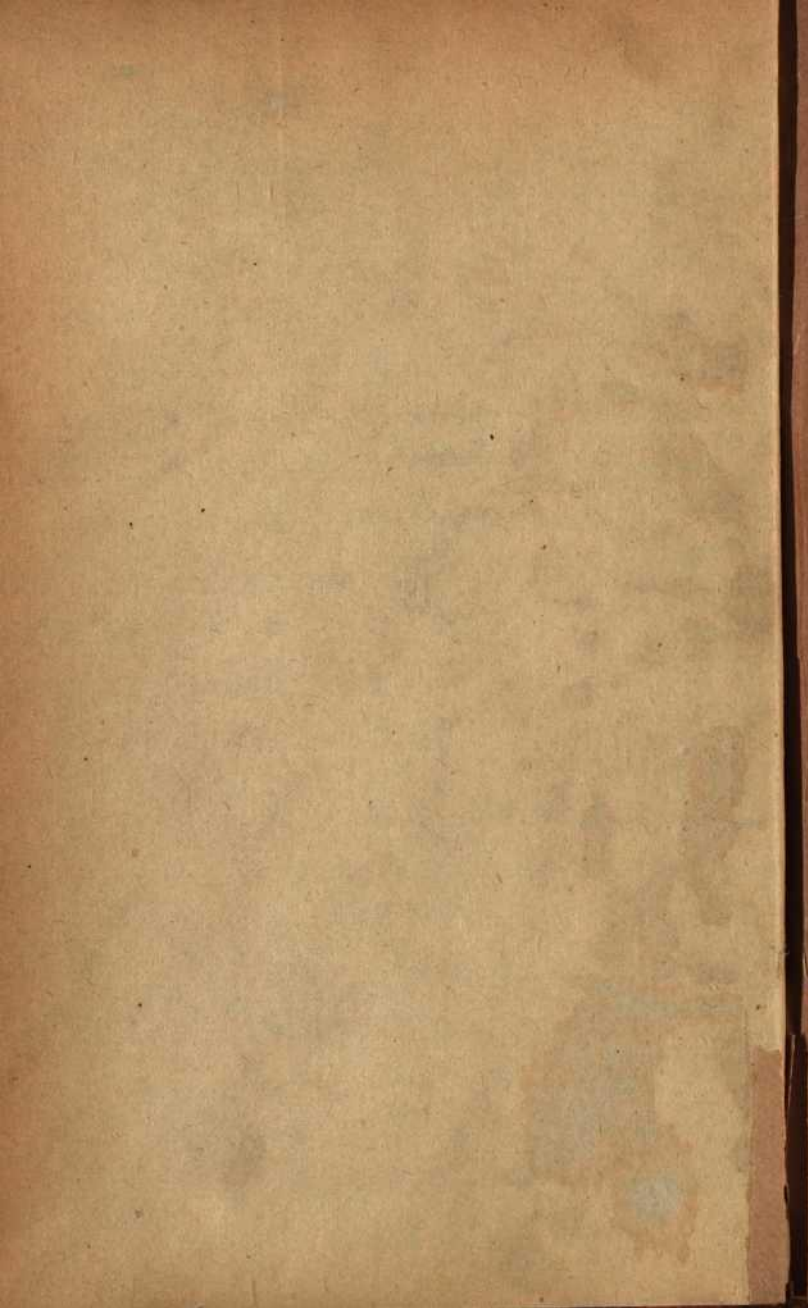


288 22
544
15



NO SE PRESTA

**Sólo puede consultarse
dentro de la sala de lectura**



FRESCOS DE ANDALUCÍA

ANDALUSIA

ANDALUSIA

FRESCOS
DE
ANDALUCIA

POR
LORENZO LEAL



R. 18.153

MADRID
LIBRERÍA DE FERNANDO FE
Carrera de San Jerónimo, 2
1889

ANDALUCIA

Es propiedad de su autor.

Queda hecho el depósito que la ley previene.

AL EXCMO. SR.
DON ENRIQUE DE LA CUADRA Y GIBAJA

Buscando, señor, alguna grandeza para este pobre libro que, por ser mio, sale á la luz pública desprovisto de las galas con que adornan los suyos los hombres de ingenio, póngolo bajo el amparo del ilustre nombre de V. E. á quien ruego que le otorgue el solícito acogimiento que su amor á las Artes y las Letras siempre dispensó á toda suerte de libros.

Es de V. E. afmo. amigo y s. s.

q. l. b. l. m.

Lorenzo Leal.

FOR JAMES M. SMITH & SONS

LA BOSTON



LA HOSTIA

I

Seguido, seguido como una soga interminable, se extendia, cortando en dos mitades aquellos prados secos, el arrecife descompuesto por donde los cuatro caminaban llevando al hombro ligera chaquetilla, desabrochada la camisa, con el sombrero de alas mustias cogido un pañolillo velando el cogote, sucio y desplanchado el liviano pantalón que desvergonzadamente ciñe las posaderas y deja por abajo con su sobrada anchura

que el polvo llegue á la rodilla, y todos menos uno, un pequeño lío al hombro ó en la mano.

Tiesos y enmarañados los pelos de sus largos tufos, se pegan á las veces en húmedos mechones sobre las mejillas, por las que descienden gotas de sudor que empapan el polvo del camino posado en sus curtidos rostros, y forman mezcla imperceptible que de cuando en cuando la mano arrolla en negros surcos.

El suelo quema; el aire enrarecido asfixia; no se ve un árbol en todo el agostado egido que atraviesan, y el sol canicular apenas si hace un rato que llegó al Meridiano de donde parecía haber tomado fuego, según lo que sus rayos abrasaban; sed y calor extraordinarios les ahogan, y hasta su picotera charla habitual, aquella charla en la que el cuento de la más saliente peripecia se matizaba con finos epigramas, frases ingeniosas, chistes espontáneos, gracia natural y contagiosa y plácida alegría, se había acabado ya poniéndola remate una maldición horrenda de *La Hostia* al bellaco empresario que demoró pagarles hasta aquella mañana, no obstante de haber-

sele advertido que á la tarde habian de torear en Villasimple.

Villasimple ¡maldita! ¡qué lejos estaba! Allá se la veía tras de una obscura faja de frondosas huertas enseñando la gaita de su campanario, y anda, anda, anda en dirección á ella, y nunca se llegaba.

Vuelos que da el pensamiento ¡de cuánto alivian y consuelan! Afanes y deseos fervientes de la vida, ¡cómo abstraen y embriagan y obsesionan hasta substraernos á la más sensible y opresora realidad!.... Hombres habia en el *arte* que aquellos viajes los verificaban en trenes expresos por cuenta de empresarios, y que ganaban centenares de duros por despachar no siempre como se debía, un toro noble, un toro bravo, un toro cuya lidia es matemática, fija como el peso de gravedad, y pan de regalo comparada con la infructífera y peligrosa de aquellos boyancones ya picardeados que él lidiaba en corrales ó cerrados de movido suelo.

Y..... todo era cuestión de cartel. ¡Si él tuviera cartel!.... ¡Si lo sacaran en Sevilla!.... ¡Sevilla, plaza de Maestranza nada menos! Esta era la meta de sus aspiraciones. Partien-

do de una salida a su circo taurino con cualquier otro *espada* novillero ¡qué rápida fortuna! Primera tarde, una ovación continua en pago de aquel trabajo fino con que había de dejar tamañito al compañero. *Los diarios* por la noche hablando ya de él, y de su arrojo, y de su corazón, y de su arte, le proporcionarían contrata para el otro domingo, era seguro. Y en aquella segunda tarde, apretar más Siempre en la cabeza, quietos los pies, ceñido con el trapo, citando corto y tirándose de veras, ¡bah! obtendría un éxito que le abriría las puertas de otras plazas..... hasta la de Madrid ¡pues ya lo creo! Y entonces, ya en todas partes torearía; puede que para Octubre fuese a Montevideo; al año siguiente tomaría la alternativa de cualquier maestro, y con la alternativa él..... él matador de toros.....

Los sueños ideales que de la riqueza forja el pobre, las ambiciones de un artista, los delirios de un aventurero, imágenes sin cuento de rutilante perspectiva que seducen y alhagan y extasian, ocuparon su imaginación caldeada como la atmosfera, y ni fatiga ni calor ni cansancio ni sed sintió ya, hasta llegar al vallado de la primera huerta.

II.

Como la graduación entre militares, se estima entre toreros la categoría.

Así pudo observarse que mientras *El Pili* y *Toñete* y *Menegildo* se tiran panza abajo en medio de la linde y aspiran con delicias el fresco de la hierbecilla que á la sombra del vallado crece, *La Hostia* se recuesta con cierta parsimonia, y como falta á la compostura exigida por su cargo, sólo se permite repantigarse un poco, desabrocharse los botones de la camisa y abanicarse con el sombrero.

Siguiendo en sus revolcaduras, *Toñete*, el más granuja, pide un cigarro al *Pili*, y *La Hostia* les tira su petaca como tira un señor pan á sus lebreles.

—¡Quién juma ahora!—dice *Menegildo*—
Argo fresco mos caía ahora bien.

—Una jartá é brevas, pongo por caso;
¿eh, pare?—dijo *el Pili*

—Camará ¡Quien cojiá una canasta!

—¿Quien? Este cura—repuso *Toñete* incorporandose—Toy endicando una jiguera deje aquí mesmo, y no me conformo sólo con golerla.

—¿Ande está?

—Miala allí.

Y como no bien formulado el propósito de «siquiá aprobarlas» un «paluego es tarde» sirve de acicate, los tres trujimanes se escurren como culebras por debajo de un acebuchino, en tanto que *La Hostia*, recomendandoles que las «mercaran» si veían al dueño, queda allí solo y sigue embebido con sus sueños, sobreexcitados aquel día por la primer contrata formal que ha tenido, contrata ya, no de aquellas cuyo precio era la voluntad del empresario, ni de aquellas otras más recientes que se reducían á un acuerdo ó pacto fiado á la palabra; sino estipulación firmada que entregará en el pueblo próximo á un emisario de otro lugar vecino donde ya otra vez que lidió, dejó «concepto.»

Y saca del bolsillo el compromiso para recrearse en su contemplación, y aquel papel le impone más que á otro le impondría un contrato matrimonial ó la venta de su al-

ma. Es algo de superstición lo que le sobrecoje y le incita á leer una vez y otra vez aquellas ocho líneas, bajo las cuales, trazado en torpe y ordinaria letra, se lee

Come Rramires La Ostia

que es su firma.

Veinticinco pesos le ha de valer la muerte de aquellos tres novillos. Veinticinco pesos; con ellos comprará..... ¡Malos mengues! Si necesita seis corridas de aquellas para comprar un traje.

Nada; quedaba todavía mucho tiempo de andar rodando de aquella manera, de llevar aquella vida horrible de cigarrones, á la que salta siempre, siempre molido, hambriento, estropeado y sucio, antes de torear en forma y verse bien ataviado, con un buen traje de plaza, con otro para calle Sierpes, de pantalón fino, botinas de charol, sombrero Mazzantini, camisa de pechera rizada, y.... el colmo de la dicha: con botonadura de oro «man que no fuá de muncha ley.»

¡Oh! Antes pensaba él que un torero cobraba demasiado por matar un toro; pero ahora no, porque ahora piensa que aquella,

aquella vida perra era la que después pagaban los miles y los miles que un torero gana; aquella lucha tinánica y cruel contra el obscurecimiento en que yacía, y aquella sed de notoriedad; no la faena con los toros; no la esposición antes su cuernos; no una problemática cogida; ¿cogida? ¡bah! ¿quién piensa nunca en ella? no es torero de sangre entonces. Prueba: ¿lo había él pensado alguna vez? Nunca en sus diez y ocho años. Porque él era un torero, y lo tenía en la masa de la sangre, y.....

—¡Hostia!—exclamó dando con el puño en el suelo—Yo piyo carté poncima é Dió.

III

Tornaron los trashumantes lidiadores trayendo en los sudados pañolillos y en el seno muchos albaricoques y brevas que desbajaron en la linde, y en torno del montón los cuatro empezaron á comer.

Cosme preguntó si el dueño les habría observado, y *Toñete* dijo que le había visto ten-

dido panza arriba, la pechuga al aire y con la boca abierta, durmiendo junto á un cebón de cinco arrobas, que le hacía duo en sus tuertes resoplidos.

Y refería á este propósito que al mirarle en tal guisa le habian acometido deseos vehementísimos de despachurrarle una breva en su bocaza, cuando un tustigazo repentino que recibió *La Hostia*, hizo á todos levantar la cabeza y á éste ponerse de pié y volverse con la velocidad del rayo para ver quien así le castigaba. No lo había visto aún, y un empujón tremendo le hizo caer de espaldas sobre el montón de brevas, que quedaron hechas un emplasto bajo su cuerpo. Como ardillas habian saltado los muchachos sobre el agresor que era un hombrote robustísimo, y en tanto el forzado *Menegildo* sin miedo á recibir trallazos, con la una mano le agarra un carrillo y con la otra le da en las narices de moquetes, y los otros también sin miedo alguno procuran apoderarse de la tralla, *La Hostia* se levanta fusioso y suelta una bestial patada al campesino en el vértice del ángulo formado por las piernas, que le hace prorrumpir en estertóreo grito y tirarse al

suelo presa de movimientos epilépticos. Bien le dió el bruto de *la Hostia*.

—¡Chanooo....! grita una voz en la heredad.

La escena se interrumpe.

—¡Aquí!—grita el caído—¡que me matan!

—La del humo, nenes—dijo *el Pili*—¿pa qué más custiones?

Cojieron sus hatillos y escaparon contestando con creces las injurias que retorciéndose y gritando les dirigía el campesino, cuando de pronto hubieron de pararse, y volver grupas y huir desperdigándose, todo en menos tiempo del necesario para referirlo, viendo ante sus ojos y á treinta pasos de distancia á otro hombre que, escopeta al brazo, se les echaba encima. Y al correr el hombre y correr ellos, uno desafiándoles á que le esperen, y otros huyendo como gamos, el poderco del de la escopeta que husmeando en los vallados se habia quedado atrás, parte hacia los perseguidos que se ven ya en sus dientes, y á empulsos del instinto ó guiados por la astucia, toman diversas direcciones, viniendo á poco á formar un semicírculo del

que ocupaba el centro el cazador. El perro se decide por *Toñete* y tras de él corre; su amo va tras de *la Hostia*; ¿qué más se quería? *Pili* toma una piedra blanca que halla al paso, y presto y certero tira sobre el chuchó que ahullando se derrenga al recibir en una pata la pedrada, y dando agudos ayes y cojeando sale de estampía. El cazador furioso que lo ve, endereza hacia el *Pili* la escopeta, y ¡pum! dispara. Perdió la partida. El tiro no hizo blanco, pero sí en el tirador un terronazo que, de ser pedrada, le destroza un hombro. *Toñete* secundó con otro, y *la Hostia* amagándole con un tercero, gritó amenazador.

—¡Atras!

Mas el hombre no hizo caso alguno, y el tiroteo se estableció, viniendo pronto á equilibrar un poco las desiguales condiciones de la lucha, Chano y su deudo el de las brevas, uno casi doblado, otro á todo correr.

La práctica de las pedreas que los toreros habían tenido en el Campo de los Mártires y en la Alameda Vieja de Sevilla ¡cómo se demostraron en aquella brutal contienda!

Acorralados y en huida tenían ya á los

campesinos y les hubieran obligado á encerrarse contusos y acardenalados en la choza de su heredad, si aquello se prolonga un poco. Mas el día estaba de peripecias, y la más inesperada, temible y original fué la súbita presentación de una pareja de la guardia civil, ante cuya presencia quedaron los apedreadores, miedosos y desconcertados y con ganas de que por arte de encantamiento se los tragase la tierra.

—¡Granujas! ¡pilletes!—les gritó la guardia.—¡Alto!

Gachos y cariacontecidos se fueron replegando hasta reunirse en un punto, entregados á discreción.

El *Pili* más desvergonzado, atrevido ó irrespetuoso, quiso dar cuenta detallada de todo lo ocurrido; pero un cogotazo que le hizo tambalearse, cortó en los comienzos su discurso.

Los campesinos se creyeron fuertes, y volvieron iracundos, llamandoles ladrones y asesinos.

—¿Qué ha pasado aquí?—preguntó uno de los guardias.

—Posque tra je robarnos la fruta, esos

jitanos han querío matarnos, Son unos ladrones; créalo su mercé.

—¡Mentira! —repuso *la Hostia*, — mos han disparao esa escopeta, y hemos tenio que defendernos.

—¡Mentira! —replicó el cazador, — er tiro se escapó causalmente; yo he llegao aquí ahora poco, y me he encontrao á mi hijo reventao, lo cual que está presente, y á mi cuñao lo mesmo.

—Si no mos bian pegao á traición....

—Si no fuais ladrones sin vergüenza....

—Tengo más vergüenza que usted.

—Ni tú ni la madre....

No hay para qué reterir todos los detalles de aquella violenta escena.

Baste consignar que los guardias fallaron contra los toreros, que dos á dos les amarraron por los brazos, y que así les hicieron andar y los dejaron cerca del vallado, en tanto ellos entraban en la arboleda para refrescar. Concluyeron pronto por fortuna, y emprendieron la marcha á Villasimple, que ya se hallaba á muy corta distancia.

Y al caminar en tal guisa, ya á las tres de la tarde, cansado, mustio, aporreado, sucio,

preso y amarrado por la guardia civil como un asesino ó un ladrón empedernido, *La Hostia* pensaba en que habia de torear aquella tarde. ¿Qué ánimos podia tener, ni con qué facultades contar? ¿eran aquellas condiciones? ¿quién hallándose en tan triste situación desearía otra cosa que una buena cama en aposento fresco, y comer bien y descansar? ¿quien no pensaría con tedio en toda fiesta, máxime si había de ser actor en ella? ¿no temería que en vez de conquistar algo para el pedestal de su futura fama, atrayese la burla y el menosprecio sobre su obscurecimiento?..... Sí; cualquiera lo temería, cualquiera estaría de antemano en ello consentido; pero *la Hostia* no. *La Hostia* necesitaba quedar bien, conquistar aplausos, producir entusiasmo, y que su nombre se recordase luego con placer por los aficionados. Sí, sí, era preciso, era indispensable, y.....

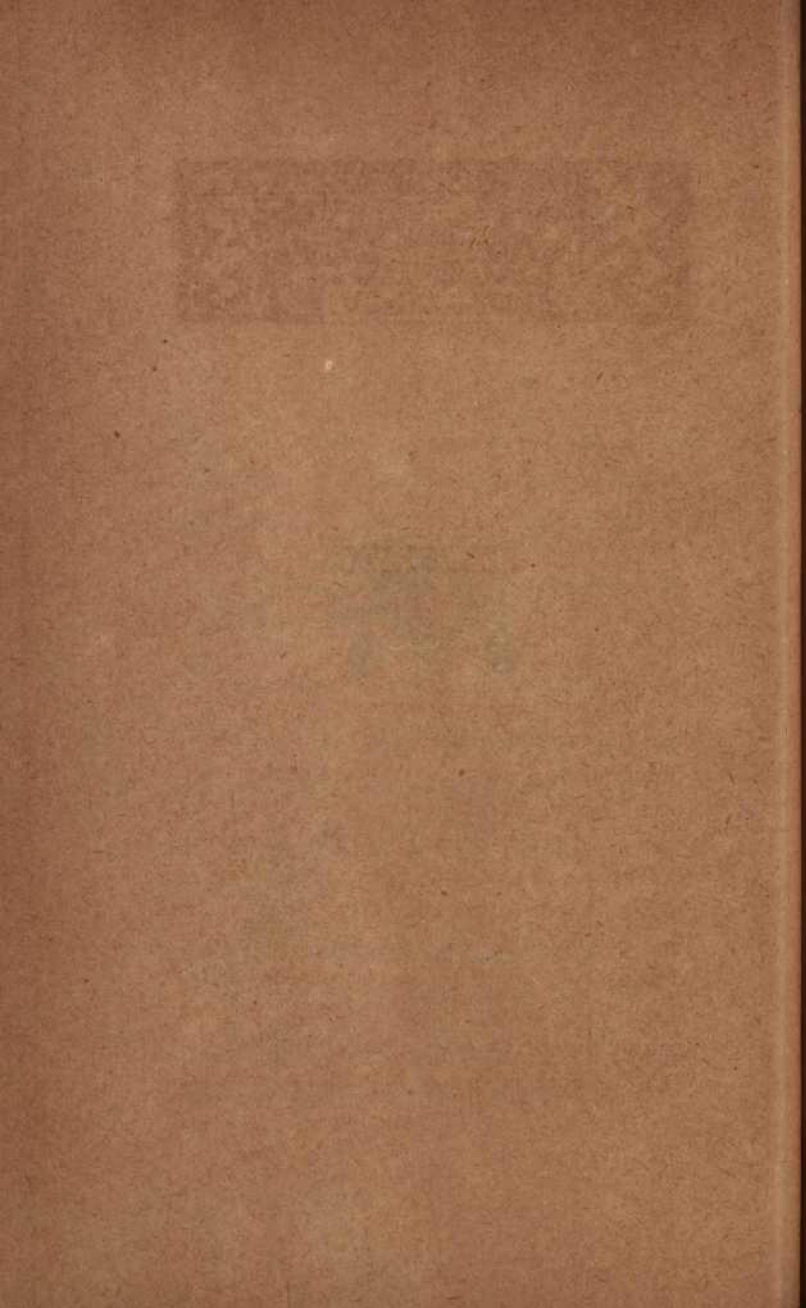
—¡*Hostia!* Sa mesté, y será—exclamó con energía—Me los bebo esta tarde,

¿Y quien puede negar que se los bebería?

Espiritu valiente, grande corazón y decidida voluntad, él ha de romper la muralla de hielo que separa á las insulsas medianías, de

las celebridades. Los héroes se dan en todas las esferas, y son más de admirar antes que la fama los pregone.







FOSFORITO

Hablabanme de él como de un héroe; era la admiración de unos, el encanto de otros; quién me le presentaba como la encarnación de un poético ideal; quién como ejemplo vivo de la victoria del arte sobre la naturaleza, del bien sobre el mal, del ángel sobre la mujer. Y esas tranquilas horas de la noche que yo dedico al plácido vagar, á cobrarme del ingrato trabajo que me ocupa durante todo el día, á sustraerme del tormento que dan una inteligencia que se agota en estériles luchas, un corazón que se marchita y un alma

que se enerva y desfallece al incesante golpear de una adversa fortuna; esas tranquilas horas de la noche que yo dedico á mis ensueños de poeta, durante las cuales vivo feliz sin duda porque no vivo en el mundo, las disfruto gustoso para oír y admirar al decantado *Fosforito*.

Fango cubre la perla en lo profundo de los mares, y de cieno y escoria se nutre la hermosa pasionaria. Por eso no mató mi deseo, sino antes bien le sirvió de acicate, aquella crápula nefanda cuyo aliciente principal ó mayor gala es un felino baile, chavacano é impúdico, al que dan relieve y colorido, no el estruendoso palmoteo con que se acompaña, ni aquel harmónico taconeear sobre el tablado; sino la atmósfera de fermentado alcohol que se respira, el vicio que se palpa, la latente impudicia que á medias enfrenan la tarifa incierta del placer carnal y el mercantilismo de la casa, todo revuelto, amotinado, en confusión indescriptible, formando un fondo obscuro sobre el que se destacan con energía y dureza, tipos diversos de catadura singular, que ya son el blanco de la mas lúbrica mirada, ya objeto de torpe admiración, ya motivo

de un sangriento epigrama, ya víctima de una grosera injuria.

En revuelto montón que apenas dejan paso, y todas rodeadas por más de los que holgadamente caben, están las mesas de una sala, mesas quizá no dos iguales en tamaño, pero todas pringosas; á lo largo de la otra sala más estrecha, se extienden pequeñas balaustradas que con fuertes listones que van de la pared á ellas, forman compartimientos, camarotes ó jaulas donde suele estar lo más adinerado de aquella indocta plebe.

El hedor de bohío y el de taberna se mezclan con el perfume fastidioso y penetrante que despiden las más de las mujeres; el humo del tabaco y el aliento forman un vaho espeso como el agua turbia; denegridos están el techo y las paredes, y emporcado el suelo; todo sabe á postrimerías de borrachera.

Tal es el escenario: los actores parecen notas discordantes arrancadas del concierto del mundo para componer con ellas, juntándolas en aquel sitio, una diabólica sintonía que vacantes y sáticos dedican al dios de la licencia.

La bailadora de garrido cuerpo y adoba-

do rostro, de cebadas caderas y engurrumidos pechos, que ataviada con tieso traje de percal lleno de lazos de colores vivos y muchos perifollos, baja sudosa del tablado y va de mesa y mesa bebiendo sin placer ni gusto del vino que le ofrecen cuitadas compañeras, amigos generosos, baturros admirados y granujas secos de lujuria, hasta llegar al sitio donde la espera el chulo que la explota ó el sandio á quien engaña; el manso y carnoso bailador, zanguanazo sin gracia que se siente envanecido cuando sus cabriolas y movimientos incitantes ponen salida á la pareja y la hacen retocerse como rijosa gata; un ser de sexo discutible, llena la faz de colorete y el pelo de manteca olorosa, con pañolito al cuello y flores en el pecho, repulsivo como un sapo estrujado y libidinoso y deshonesto como una bruja embriagada; la que durmió en un tiempo con marqueses y ahora gana cantando para pagar á la criada, fumadora cerril de puros buenos, parlanchina graciosa que tiene un repertorio inagotable de obscenos cuentecillos y embelesa al hombre á quien para conquista elige, bañándole en una ardiente mirada de sus brillantes ojos negros, como el

abismo atrayentes y como la cantarida excitantes; la vieja pervertida de bocaza de lucha y pelo untado que traga más que un sumidero y demanda los oficios de tercera y da consejos y deja oír sentencias de mancebía; el mozo diligente de cetrina color y ojos sin brillo, que nada ve sino un casco vacío, ni oye otra cosa que la palmada con que bebida le demandan; todos, en fin, pasando de un lado para otro, bullendo y revolviéndose entre un público asaz heterogéneo del que forman parte la chula xporreada y el señorito sin carrera, el raíero de ocasión y el industrial que no pisó colegio, el estudiante calavera y la perdida modistilla, el viejo verde y la chiquilla astuta, forman aquella galería de siervos de Terpsícore y Talía entre los cuales, por su inocencia, por su pequeñez, por su dulzura y su debilidad, pasa inadvertido *Fosforito*, hasta que como á la nota que dormía entre las cuerdas del cansado laud del viejo bardo, Perez, el maestro Perez, supervivencia en la guitarra del héroe á quien cantara Bécquer, marca diapasón á sus cantares, y como perlas engarzadas salen de su garganta las más sentidas y sonoras notas

que jamás en *malagueña* alguna se hayan emitido.

Fosforito es un niño, un adolescente de complexión nada robusta y de garganta delicada á la que ya cuida como enferma, no bebiendo ni vino ni aguardiente, porque uno y otro le hacen padecer. Dulce, melancólico y sencillo, *Fosforito* es un ser delicado á quien otros aires más puros que los que allí se respiran, tienen que alimentar la vida si ésta no ha de apagarse pronto como lámpara seca.

Y este niño que inspira á todos quizás el único sentimiento puro que allí alienta, es quien domina aquella fiebre loca que posee los ánimos, y hace cesar la orgía en el más álgido punto de su desenfreno, y detiene las corrientes del vicio cuando marchan más impetuosas, y trueca la bacanal en culto al arte, y hace que el alma aletargada se despierte y lata el corazón á impulso de los más noble afectos. El resorte de que se vale para tan grande obra que le proclama el héroe soñado, el vencedor atleta de aquel circo, el coloso que avasalla á cuantos le rodean, es una copla, un trino melancólico y suave, acompasado y tierno, dulce y sentimental,

que llegando al oído como eco del más íntimo afecto, adormece la carne y apaga toda grosera sensación, y atrae y conmueve el ánimo, sumiéndolo en el mar de melancolías que en los acentos de la copla vibran.

Fosforito canta, y su canción no es sólo un aire que recrea el oído ni una armonía que place el escucharla; es además la súbita sorpresa de un secreto querido, ó el aliento de un deseo vehemente; la poética imagen de una hora de infortunio, ó el grito de una pasión voraz; el gemido de una pena que mata lentamente, ó el ¡ay! desgarrador que arranca el golpe fiero que segó la última esperanza; algo que llega á lo más recóndito del alma, y emociona y conmueve poderosamente.

Es inefable la conjunción de sentimientos que hacen presa en el ánimo, cuando se le oye entonar una copla como esta:

Tú, misionero de Dios,
si por el mundo la encuentras,
dile que yo la perdono;
pero que no quiero verla.

La traición más negra hecha al amor más

santo por la ingrata que lo inspirara, se presenta al ánimo en toda su horrible desnudez, y contrastando con ella el perdón más generoso de la falta y el dolor que no resistiría la presencia de quien lo ha causado.

Es indecible la amargura que del alma se apodera oyéndole cantar.

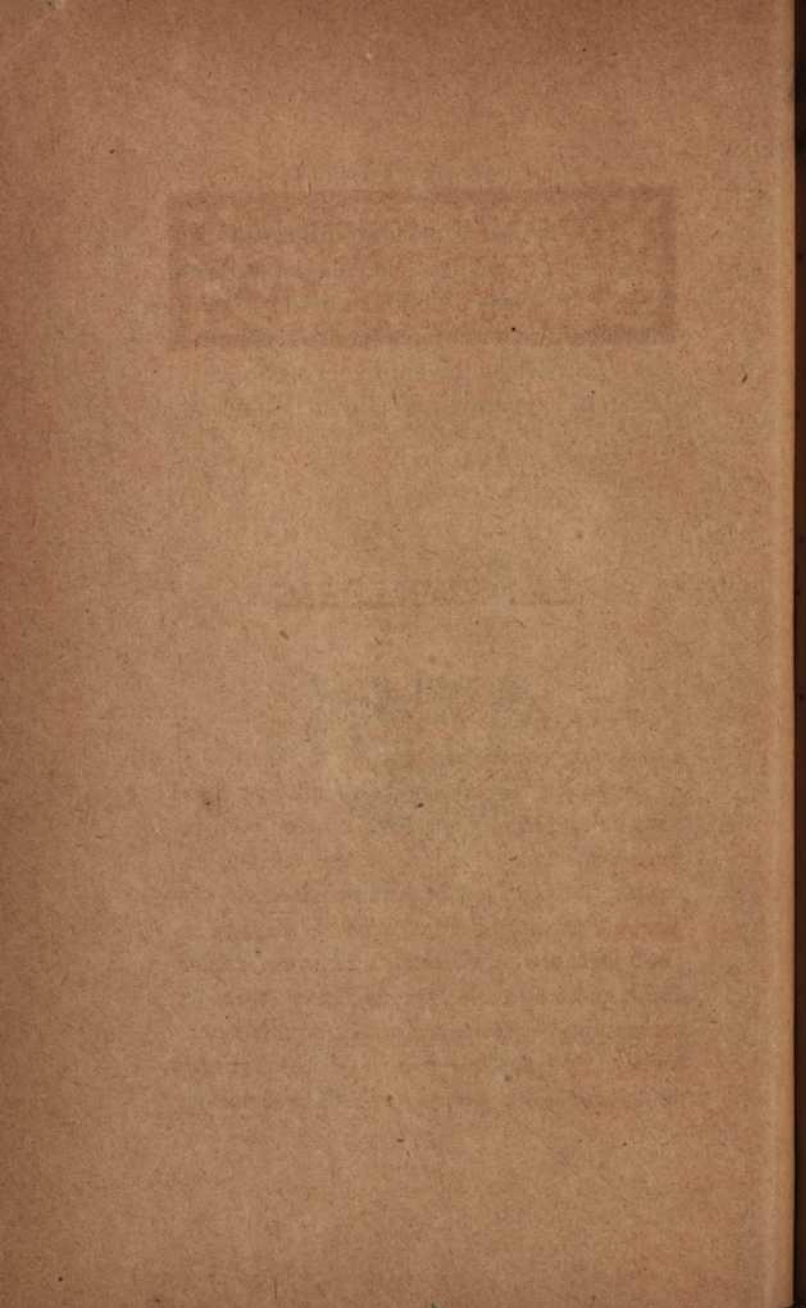
Toitas las noche á las dos
se me redoblan las penas,
porque á esa horita murió
aquella madre tan buena
que el ser que tengo me dió.

La agonía dolorosa de una madre, ocurrida en la soledad de la noche, el desamparo y la orfandad horribles en que dejara al ser querido, y la homicida pena acarreada por la eterna separación, parece que encarnan en las vibraciones de su voz, y vierten en el alma amargo desconsuelo.

No es extraño, por tanto, que el poseído por los vapores del alcohol, y el embriagado por la fiebre afrodisiaca, y el bueno y el malo, y el joven y el viejo, y la mujer y el hombre, y todos, en fin. sientan despertarse en su alma sentimientos que parecían dormi-

dos para siempre y que les transforman y ennoblecen, trayendoles a la vida del espíritu, de las esperanzas y de los recuerdos, de los ensueños y de los amores pasados y futuros, *Fosforito* es el sentimiento y el afecto, es el recuerdo y la esperanza: lo mas noble de nuestro ser.







LAS SEMILLERAS

De bruces sobre el balcón de mi cuarto estaba aún cuando pasaron.

Solamente á sus trinos de alondra y á sus risas de vírgenes y á sus timbradas y argentinas voces que el eco repercutía en sonoras ondas, hubiera mi dulce arrobamiento dispensado turbar en aquel punto el augusto reposo de la noche, cuando la luna, esa eterna viuda inspiradora de pensamientos tristes y melancólicos efluvios amorosos, se había ocultado ya, y cuando el lucero del alba, nimbo de un nuevo día y mensajero de ilusiones ri-

sueñas como la aurora, no dejaba todavía sino adivinar sus dorados reflejos.

¿Quiénes serían á aquellas horas? ¿eran las nueve musas? ¿qué diosas podían ser?

Diosas del amor, seguramente, puesto que eran mujeres, y mujeres jóvenes y frescas á juzgar por sus risas, que parecían besos comprimidos, que estallaban en chasquidos prolongados y sonoros.

Rapazuelas aún, muchachas inocentes, cándidas doncellas que sin amanecer dejaban el casto lecho para salir al campo antes que lo alumbrase el día, trajéronme á las mientes los nocturnos idilios á que en sus alcázares de Andalucía se entregaban los árabes emires cuando favoritas y odaliscas, tañendo guzlas y pulsando arpas, les embelesaban con plácidas canciones amorosas, á cuyas dulces notas el alma embriagada se rendía.

Y fué más grande mi embeleso, cuando frente al balcón, á través de la sombra diluida por el fulgor de las estrellas, las ví en confuso grupo, casi perdidos, para que mejor se imaginaran, los contornos de sus garridos cuerpos, el aire donosísimo de sus gentiles talles, y la arrogancia y apostura de sus es-

culturales cabezas, plantel de luengas y trenzadas cabelleras, que eran sin duda negros marcos de hechiceros rostros.

Amor de que son fuente inspiradora, me advierte de su marcha, é irresistibles simpatías me fuerzan á seguir las. No consentí en perderlas; salí de casa; las seguí. Sus risas y cantares servíanme de égida, y cuando lindes y rastros substituyeron al camino, acerté á conservar la distancia conveniente para apreciar la escena á mi sabor, sin que ellas se pudiesen percatar de la presencia de un extraño curioso.

Llegaron. Sobre la linde de una extensa heredad, que un follajer aquítico cubría, soltaron sus pañuelos, y en ala desplegadas, cruzando unas con otras las palabras que el soldado animoso dirige al compañero al empezar ruda faena con objeto de alentarle y alentarse, dieron comienzo á la tarea de arrancar aquel pasto y apilarlo en gavillas.

¡Oh, manitas blancas, manitas suaves, finas y sedosas, criadas para engarzar perlas y bordar en oro! ¡cómo os habeis de destruir!.....

La sangre juvenil, sangre preciosa que

estarian ya derramando, cegó mis ojos, y súbitos deseos me acometieron de incendiar aquel pasto homicida. Ya impaciencia febril me dominaba por que viniera el día y alumbrase el estrago, que no sería mayor de lo que yo lo imaginaba.... ¡Que viniese el día! ¡Y con él el calor de la canícula que bañaría sus cuerpos en sudor, y el sol ardiente que tostaría sus rostros, ajando y marchitando sus bellezas! ¡Dones amargos los de las horas próximas por mí tan deseadas!.....

Deseaba y temía. Deseaba que la luz me certificase de que eran mis temores infundados, y temía que esa luz diera fé ante mis ojos de que mis tristes pensamientos pecaban por defecto.

Lució el alba. El crepúsculo arrebujo en sus mantos á la noche, y su fugaz reinado comenzó..... Aurora penumbrosa que anhelas desvanecer mis ilusiones: ¿qué me haces entrever? ¿mujeres haraposas?..... No es bastante aún tu claridad; engañas con tu prestado resplandor; no es realidad lo que me enseñas..... Astro rey; llega ya y desvanece toda duda; que cansados mis ojos por esta sucesión de tintas, necesitan de tu luz radiante para

ver desvanecidas las imágenes que las tibias claridades que te sirven de heraldos, han forjado ante mí.... ¡Oh, Sol, ¡qué digo Sol! Sancho maldito, Sancho imbécil, que Sancho eres ahora, y Panza y rústico y grosero! Advierte que la amorosa y sublime locura del Hidalgo Manchego por su Dulcinea, no me ciega, y que no he de tomar por faena de princesas el aechar trigo, ni por ambrosía ningún hombruno tufo. ¿Qué me has hecho ver?.... ¡Ah! Ninfas nocturnas en actitud indecorosa, arrastrando las faldas por delante, y alzadas por detrás hasta la media pierna; piés montañeses que calzan viejos borceguíes y cubren sucias medias; rostros curtidos y acordobanados, de labios quemados y ojos tristes; manos bastas y negras, llenas de cicatrices y arañazos, que deben de cojer el hacha y manejar el escardillo mejor que el hilo y las agujas..... ¿Qué has alumbrado, sol tirano? ¿Qué has hecho, rudo campo á quien yo tenía por eterno teatro de idilios y églogas vivientes?.... ¡Imposible! Soñé. No era verdad lo que hasta allí me había arrastrado; no corrí en pos de diosas. Ni baños ni menjurjes podrán volver la lozanía perdida á aquellos cuerpos

que. más que cuerpos parecían perchas de viles andrajos.

El campo, el sol.... ¡Qué buenos y qué bellos cuando se les contempla desde el urbano gabinete! ¡qué duros y maléficos para quienes la pobreza somete á sus rigores!.





EL SANTITO

I

Cuando desde el zenit lanzaba el sol lluvia de fuego sobre la abrasada tierra y una atmósfera enrarecida y seca nos ahogaba, yo solía refugiarme en el riconcillo del jardín formado por la pared de nuestra casa y el muro de la Iglesia, donde la sombra era perenne porque un moral añoso lo cobijaba por completo.

Y tirado allí sobre una manta, bajo el tupido pabellón, formado por las verdes hojas

del corpulento árbol en que se guarecían los pajarillos que, ijadeantes, caídas las alas y el piquito abierto, saltaban de esta á la otra rama, ávidos de aspirar la escasa brisa que en ledas rachas venía de cuando en cuando, pasaba la siesta con la *Summa Teológica* en la mano, fijos los ojos durante mucho tiempo en sus hermosas páginas, y el pensamiento ¡qué se yo! volando en alas de ficciones y quimeras, las más disparatadas.

Y ahora no eran tan sólo de aquellas á que mi futuro destino señalaba órbita; ahora no se reducían á resolver aquel problema planteado tantas veces, de si mis condiciones y aptitudes me llamaban á ingresar en una orden monástica donde la compañía de ascéticos varones acrecentase mi fervor y me diese temple y sabiduría de apóstol para predicar en luengas tierras y convertir infieles, ó si debía aquí reducirme á conseguir, por el camino del estudio constante y la virtud austera, una mitra ó cualquier otro premio con que honra Dios á los que elige para sostenimiento de su Iglesia. Ahora con estas mis cavilaciones del Seminario, mis antiguas cavilaciones, se mezclaban otras

de bien diverso orden, otras que en vez de reducirse á mí, se extendían á ella, á mi primita, una muchacha bella más que el ensueño de un poeta, y hermosa como la gloria prometida.

Aseguraban y yo así lo creía, que las abejas del contorno preferían sus labios á las demás flores para elaborar la miel de sus colmenas; que los lirios y los claveles, antes de abrir sus capullos, les robaban de las mejillas tinta para colorar sus hojas; que las rosas tomaban el perfume de las emanaciones de su boca, y que más de una vez el Sr. Cura al verla de improviso, la creyó aparición de la divina virgen.

Años atrás, yo recordaba haber oído muchas veces decir:

—¡Qué guapa es Luciana!

Y al oírlo me refocilaba y me sentía orgulloso, considerando su belleza como cosa propia, como un galardón de la familia, como una honra para todos.

Mas al tornar á verla después de aquellos nueve últimos meses pasados entre los sombríos muros del Seminario, su presencia no produjo en mí la grata sensación que en

otras vacaciones. Fué dolor, fué admiración, encanto, pasmo, agitación nerviosa, un estremecimiento, una revolución de afectos tan extraña y nueva, que nunca la experimentó igual mi tonsurada personilla.

—¡Qué hermosa! y yo ¡qué mísero!—fué el juicio sintético en que expresé mil diversos pensamientos que en confuso tropel se agolparon á mi mente.

Y por senderos tales rodaron después mis reflexiones, que me sentí confundido y avergonzado y poseído de una íntima rabia, al considerar la enormidad que la naturaleza había interpuesto entre aquella hermosísima mujer y un hombrecillo como yo, que había salido tarde y mal de una entumida infancia, de una pubertad nada lozana, y que en plena juventud, ni fuerza corporal ni fuerza de espíritu tenía. Era ya un hombre ¡vaya si lo era! Pero hombre á quien con suma propiedad seguían apellidando con diminutivos. En casa, *Tobita*, diminutivo de Cristóbal; fuera de ella, *Santito*, el que aplicaban á aquel capellancete, encogido, beato y de ojos mustios, que sabía diez sermones de memoria, que era una autoridad en cuanto á la liturgia

de todas las fiestas onomásticas, que danzaba en cuantas novenas, setenarios, triduos y jubileos se celebraban, y que era el angelito prodigioso y beatífico á quien citaban á sus sobrinos como ejemplo que imitar, las azota-esteras, mocosas y gruñonas, que andaban á caza de funciones religiosas, tomando turnos en el confesonario, y siempre con el rosario á cuestras.

Había pasado el tiempo, y en este orden, en balde para mí. Yo era como antes el niño prodigio: ¡Qué talento! ¡qué virtud! ¡qué santidad! ¡Mandaba una devota decir una misa en sufragio del alma de su padre? Pues á casa llegaba y me decía: Yo siempre pensé en que el *Santito* la ayudase; es igual, ya lo se; pero me parece que tiene más virtud. Un setenario? *Santito* lo rezará. Una novena? pues la plática, dicho se está: el *Santito*.

Y curas y devotos y todo el mundo convenía en que yo era indispensable, y aquello de *Santito*, de chiquillo ruin, poquita cosa, y alicorto, no se me quitaba.

En cambio *Morcones* despuntaba por el polo opuesto. *Morcones* había sido capellán conmigo; pero ahorcó á tiempo la sotana pa-

ra dedicarse á la labor; se había criado sano como un toro, y era entonces lo que llamaban las mujeres, un real mozo.

El no estaba tan distante de mi prima. El no podría envidiarle sino la belleza femenina que no necesitaba ¿Tenia algo de extraño que los dos fuesen novios? Nada absolutamente; parecían creados el uno para otro.

Y sin embargo habia momentos en que el noviazgo aquel me sublevaba, y en que sentía febriles ansias de luchar con aquel hombre, sólo para vencerle, sólo para humillarle y demostrar al mundo entero que no era en nada superior á mi.

Pero tras de estos desatinos que como relámpagos cruzaban por mi mente, venia la reflexión á hacerme comprender que debía de trocar mi antipatía en afecto, mi envidia en amistad..... Iba á ser mi deudo; el esposo de mi prima Luciana; el autor de su felicidad..... ¿Podía yo hacer lo que él? Yo no; yo iba á ser cura; yo tenía trazado mi destino en otros campos, por otras rutas opuestas diametralmente á las de ellos.

El se la llevaba. Yo en cierto modo la perdía..... Y bien. ¿Podia pensar siquiera en

retenerla?..... Sería un crimen,.... ¡Adiós! prima Luciana..... Ella por su camino. Yo por el mio, con fé y constancia y entusiasmo. A cantar misa, á estudiar mucho, á ser un sabio. Había que recompensar al tío de los enormes sacrificios que mi carrera le costaba; había que hacer su voluntad, y así pagarle la limosna de que hubiese amparado mi orfandad; había que dar á la familia la honra aquella de tener, como siempre, un sacerdote entre sus individuos; había que demostrar que se era digno deudo del arzobispo aquel cuyo retrato en lienzo, sucio y resquebrajado, fué la única herencia de mi madre.

—Sé como él, hijo del alma—me dijo en su lecho de muerte.

Y yo debía cumplir aquel mandato de mi madre moribunda,

A cantar misa, á estudiar mucho, á ser un sabio. ¡Hay que ser arzobispo!.... Anda teólogo, que en cuanto lo alcances, ya no serás, entonces sí que no serás el mísero *Santito*..... Vuelta á la *Summa Teológica*.

II

No llevaría aún cuatro minutos de lectura, cuando la voz argentina de Luciana resonó en mis oídos y conmovió mi espíritu.

—¡Tobita!

Me incorporé y la ví.

Traía puesta la chaquetilla descotada para cuyos encajes me había sacado á mí el dinero de un entierro, por no pedírselo á su padre; la enagua era la de percal blanco moteado de color de rosa; traje de casa que completaban el pelo un tanto desgredado por delante, y el delantal de la costura.

Llegó, y ofreciéndome una gorda manzana, se sentó sobre la manta en que yo estaba.

—¡Qué bien se está aquí!.... Corre un fresquito.....

Yo no acierto á explicar lo que á su lado me ocurría; sí afirmo que al oirla, mi alma quedaba como pendiente de sus labios, y á la vez que su cuerpo me atraía, las torturas de mi corazón sólo pudieran concebirse sabiendo

por pasadas experiencias las que sufre un alma tímida que se deja turbar por la más negra tentación. Sus ojos encendían mi sangre y enervaban mi espíritu; verla era mi mayor delicia, y su presencia mi mayor tormento.

—A ver—dijo sacando del bolsillo una manzana que mordió con ansia—¿qué lees?

—Lo de siempre; el libro hermoso del más grande de los doctores de la Iglesia.

—¡Ajál! Pero es latín como el otro?..... ¿á ver? ¿lo entiendo yo?

Y con un abandono fraternal se inclinó sobre mi espalda, con el derecho brazo rodeó mi cuello, posó su garganta sobre mi hombro izquierdo, y así miró la página por la que el libro estaba abierto.

En esta posición, su aliento tibio besaba mi mejilla, el peso de su cuerpo lo sentía yo sobre el mio, y el calor que de sí desprendía meembriagaba.

—*Hic autem*..... en fin; cosas de santos. —exclamó incorporándose.—Tú serás obispo, Tobita. Lástimas que antes.....

—¿Qué, prima?

—Nada; que es lástima que no seas pronto cura para que fueses tú quien me casara.

—¿Tan deprisa va eso?

—¡Digo! ¿Pues no lo sabes?

—No sé una palabra!

—¡Ay, Tobita!—exclamó apretándome la barba—Veo que en tu salterio sólo una cuerda suena, y no tocando á ella nunca estás en voz..... Eres tonto, Tobita.

—Pero si no he oído nada que.....

—Pues esta noche vienen á pedirme.

—¡Esta noche!—exclamé incorporándome y mirándola con ojos espantados.

—Justo—repuso ella indiferente escu-
piendo el corazón de la manzana—Ya lo sabe papá, y el Sr. Cura, y todos menos tú.

—Pero.....—objeté con trabajo—¿Tú.....
amas á ese hombre?

Al oír esto clavó en mí una mirada á ninguna otra parecida; una mirada como me parece imposible que la pueda lanzar un ojo humano: fosforescentes las pupilas destacándose brillantes y negrísimas sobre el blanco mate de la córnea, se flechaban sobre mi rostro como si quisieran penetrar en mi alma y leer todos mis pensamientos. Sin embargo, en la expresión de aquella singular mirada, no había ó no lo vi, pasión alguna; no se pin-

taba en aquellas magníficas órbitas, amor ni odio; no se leía en ellas la intención de imponerse ni la de amedrentar. Revelaban, sí, grande extrañeza; parecían la expresión de un alma sorprendida por hallar una cosa donde menos lo esperaba; parecían expresar alegría por hallar algo en donde se juzgó que no había nada; parecían un comentario sarcástico á las palabras necias que le había dirigido.

A ello siguió súbito la conmiseración afectuosa ó el desdén revelado en estas palabras, que pronunció limpiándose la boca:

—Cuando te digo, Tobita, que eres tonto..... ¿Tú amas á ese hombre?... Claro está ¿por qué no? ¿porque antes me era antipático?..... Con el tiempo se varía.

—No; quise decir.....

Luciana me interrumpió dando súbitamente un grito, poniendose de pie como impulsada por un resorte, y retorciendose y lanzado ayes medrosos, en tanto que agitada y nerviosa, trataba de desabrocharse.

—¿Qué es eso?—le pregunté alarmado, aprestandome á auxiliarla.

Y seguía chillando y con los ojos deman-

dándome auxilio, que yo no sabía cómo prestarle, hasta que dijo:

—¡Un bicho!.... por la espalda.... ¡Ay!

Temblando entonces yo también no ciertamente por temor al bicho, le abrí un poco la chaquetilla dando de un lado y otro de su escote un fuerte jalón que le rasgó el hojal, y haciendola inclinarse hacia adelante, metí la mano por su espalda hasta llegar, cerca de la cintura, al punto que por encima de la ropa ella apretaba..... ¡Asqueroso animal! Era un negruzco lagartillo de una pulgada de largo, cuya cadavérica frialdad crispó mis ya desconcertados nervios, produciéndome repugnancia y asco.

Fuera el molesto huésped que yo pisé con rabia, ella respiró. Tenía el semblante encendido; dos lágrimas asomaban á sus ojos, y su respiración era agitada y violenta, como si hubiera soportado su cuerpo gran fatiga.

—¡Tobita de mi alma! ¡Qué susto he pasado!—exclamó dirigiéndome una dulce sonrisa de agradecimiento.

—Y yo..... ¡qué fuertes emociones!—exclamé para mí.

Y á la verdad que nunca las barrunté

ni sufrí tan violentas. El contacto aquel de su piel, tersa, blanca y suave, quemó mis dedos y encendió mi sangre, haciendo subir como vapor hirviente á mi cabeza; la frialdad del saurio me hizo el efecto de una descarga eléctrica, y tras de una y otra sensación, me hallé calenturiendo, mareado.

Luciana se marchó. Yo quedé molesto, desasosegado, pesaroso. El horizonte aquel tan limitado empezó á asfixiarme, seguí en pos de ella, y preocupado y triste me dí á vagar por todos los rincones de la casa.

La *Summa Teológica* me la dejé olvidada debajo del moral.

III

Aquella noche fué pedida Luciana en matrimonio.

El acto no tuvo gran solemnidad, porque ni en mi pueblo es costumbre, ni mi tío aficionado á fiestas de aparato.

El padre del novio y un amigo llega



á las nueve á casa. El Sr. Cura y mi tío le recibieron. Entraron después varios amigos de uno y de otro sexo dando enhorabuenas, y en muestras de agradecimiento fueron obsequiados. Todos, ellos y ellas, tuvieron una flor que dirigirme.

—Padre Tobita; porque me leas la *Epistola*.

—Anda, *Santito*; que estoy esperando á que seas cura para confesarme contigo.

—Una copita, que si es pecado, lugar hay de arrepentirse.

—Anda ensayate, chiquillo, y vete acostumbrando; que hoy en día no hay cura que no trinque más que un arrumbador.—¿Eh, pae Manolito?

—Hombre, no digo..... Pero si viene á mano y es una cosa así, pongo por caso, hasta el Arzobispo, como dijo el otro, y salva sea la parte.

—Marearte? Anda, tonto; ¿no ves al señor Cura? Bebe, hombre, bebe. Pues si todavía vas á predicarnos esta noche el sermón de la Magdalena.

—Tobita; esta entre los dos, á la salud de quien me quiere.

Y hombres y mujeres, jóvenes y viejos, todos parece que habían formulado el propósito de embriagar al mísero *Santito*.

Y *Santito* accedió á tomar las primeras copas por falta de energía para negarse á ello, y las segundas y las últimas porque ya se le dió muy poco de todo, y le era indiferente marcarse ó no.

Y bebió cuanto le dieron, y se mostró expansivo y hablador como nunca le habían conocido, y dió bromas á las niñas, y tuvo epigramas para el Sr. Cura, y habló en latin, y descubrió un tesoro de gracias personales que nadie en él había advertido, y tuvo risueña y encantada á la reunión, hasta que..... hasta que.... advierte que la vista se le turba, que el estómago se le revuelve y le suben bascas á la boca, que va á hacer en público una porquería, y con la presteza posible á sus piernas que se doblan, sale sin ver la puerta, guiado del instinto.

—¡Va borracho!..... Se va á caer—oye que gritan.

E intenta volver para sosegarlos al sentir que le siguen, y da una camballada, tropieza en una silla, y cae debajo de una

mesa.... ¡Ay, que no puede levantarse! Las vigas del techo empiezan á dar vueltas, los cuadros de santos se pasean por las paredes, y la luz de la sala y la del corredor se han multiplicado.... Un último esfuerzo para sacudir aquel letargo que empieza á acometerle.... ¡Infeliz! Al movimiento le responden, primero el estómago, que le devuelve avinagradas y pestosas las substancias que en él depositó, y á seguida la cabeza, que pesada como maza de hierro, cae sobre el duro pavimento.

Después ¡qué bien se estaba allí! ¡qué sueño más hermoso! Sin embargo, *Santito* cree sentir que le trasladan, que le acuestan, que le limpian, que le desnudan su tío y un amigo, y que ya colocado en la limpia camita de su cuarto y cubierto su cuerpo con las sábanas, entran á verle casi todos los de la reunión, y le contemplan, y le rien el accidente, y le compadecen con afecto sumo, y al retirarse todos ¡esto sí que fué bueno! su prima Luciana le dió un beso en la frente,

Santito tiene después un sueño bastante original. Parecele que el beso aquel de su bonita prima, no fué beso, sino una chispa

eléctrica que prendió en el estante de sus libros devotos, y empezó á quemarlos. Y ar-
dian y ardian como embreada estopa, y *San-
tito* lo contemplaba embelesado, sin pesar
ni alegría, ni interés. Y el fuego se propaga
á la cómoda inmediata, donde están sus so-
tanas y sobrepellices, sus cuellos, su canoa
y su bonete, y esto sí que le fastidia por el
olor ingrato que despide el combustible;
pero sigue impassible viendo la marcha rápi-
da del fuego, y deseando, ahora así, deseán-
do que cuanto antes lo destruya todo..... ¡Qué
pasadilla más extraña!

Después, lo que era lógico; después tito
Martin viene á ver cómo sigue el enfermo, y
su dolor no tiene límites al reparar en el es-
trago. ¡Qué pena la del pobre viejo! ¡qué con-
tristamiento el de su ánimo! *Santito* quiere
consolarle, y le dice:

—No lo sienta usted, tito Martin. Cuan-
do Dios lo ha permitido, es porque nos con-
viene. Acaso es este, un aviso providencial;
porque.... mire usted, siéntese usted aquí, á
mi lado. Tengo que hacerle una grave confi-
dencia.... Quizá le desagrade; sin duda le de-
sagrada; pero sería un crimen engañarle....

La confidencia es, que á mí no me cautiva el sacerdocio ni me juzgo apto para consagrarme á él.

Tito Martin se queda estático al oírle; pero *Santito* insiste, y hablando de la vocación que dicen que siempre ha demostrado al sacerdocio, dice con calor creciente:

—La vocación..... La vocación.... Precisamente es lo que siempre me ha faltado. Lo que se ha tomado en mí por vocación, no es más que el resultado del medio en que he vivido. Antes de que pensar pudiera, en el sueño mismo de la infancia, se me dijo: «Tú vas á ser cura.» Y me convine á serlo por obediencia, y me convine á serlo porque ser cura era, según ustedes me decían, lo mejor que se puede ser en este mundo. Yo estoy conforme; pero si es lo mejor, no es seguramente lo más fácil, porque además de una virtud que no tengo, se necesitan condiciones de que carezco..... No puedo, no acierto á determinar con precisión cuales sean estas; pero en fin, otro temple de alma que no el mío es necesario, porque sacerdote, ó serlo bueno ó no intentarlo ser.

Tito Martin estaba absorto. Tito Martin

no comprendía que *Santito* estuviese en su cabal juicio al decir todo aquello, y ya una mirada de rugiente cólera animaba su benévola faz, ya contristado se mesaba la cabeza entre ambas manos. Al fin, ó porque la cólera triunfó, ó acaso para intimidar al mísero capellancete, exclamó con brios, poniéndose de pié.

—O cura ó nada.

—Nada, tito Martín—le replicó *Santito* con firmeza.

—Pues á la calle, entonces. No quiero renegados en mi casa.

Y salió.

—A la calle—dijo *Santito* para sí.

Y dispuesto á marchar dió algunas vueltas en busca de su hatillo. Mas considerando que nada le pertenecía, salió de la habitación y de la casa, con las manos vacías.

Triste está la casa cuando la deja; los gorriones pían en los árboles del jardín, y las cigarras en los cardos, los grillos en sus agujeros y las ranas en sus charcos, cantan la soledad en que todo yace sumido. No ha visto á Luciana; ¡sabe Dios si la verá más! ¡qué angustias! En el montículo cercano se despi-

de para siempre de sus lares. La noche empieza á envolver en sus sombras las blanquitas casas del pueblo; aquella es la del tío; en el cuarto de Luciana hay luz; ya la apagó..... ¡Ingrata! ella también le despide... Adiós pueblo, adiós casa, adiós familia, adiós prima del alma.... mi corazón se queda con vosotros..... Yo parto errante..... ¡qué se yó!

Santito marcha á la ventura sin norte ni propósito, abstraído y pesaroso. El lúgubre canto del mochuelo le saca á las veces del sopor medroso que le embarga; un perro que ladra tuerce su camino sin que en ello pare mientes, y como hipnotizado marcha á campo atraviesa, asustando á los pájaros que duermen entre el pasto, y á las liebres que preparan sus correrías á los melonares..... Allá lejos divisan sus ojos una luz, una porción de luces..... Es una ciudad roja, una ciudad que hubiera sido roja si el humo de sus infinitas chimeneas no tuviese embadurnadas las paredes de sus casas, que parecen viviendas provisionales.... Sus moradores se parecen todos por sus trajes, y son idénticos por su género de vida; entran y salen á las mismas horas; todos comen y viven pobre-

mente; nadie mira, nadie se fija ni hace caso nadie del misero *Santito* que, angustiado y triste, se aleja de Villatrabajos y sigue su odisea.

En toda la zona que atraviesa, el tiempo se halla muy metido en agua. Pegajoso lodo cubre los caminos, un recio viento azota las montañas, y lagunas inmensas tienen encharcado el fondo de los valles. No sale el sol, no se vé un sólo pájaro, ni hay en todo cuanto la vista abarca otra señal de vida que la que da aquel otro pueblo, cerca de la cumbre situado y de camino casi inaccesible, que parece, más que vivienda humana, un nido de cigüeñas hecho en una pétrea cavidad. ¿Hallará en él reposo el peregrino?.... Esperanzado en ello se dirige allá pisando guijarros, escarpando rocas y atravesando breñas, que le hieren, le destrozan y le desgarran. Cuando llega arriba, va desfallecido, exánime y calenturiento. La ciudad es una almáciga de palacios sucios y destartados, que forman un conjunto heterogéneo, de todos los cuales parte un ruido de colmena que aturde y mortifica. Aquí un grupo de habitantes con cataduras de dómine, disputa con otros que se

llaman filósofos; y más allá unos que parecen abogados, se agarran de los pelos discutiendo quién interpreta mejor las leyes que más lejos decretan los legisladores á fuerza de puños y de injurias. Nadie se cura del viajero, y si demanda la atención de alguno, exigele su asentimiento, siendo despreciado é injuriado si no lo presta al punto. ¡Qué casa de orates la tal ciudad de Sofogenia, como se enteró que la llamaban!

Dolorido y medroso huye de aquel lugar cual si le persiguiera un hostigado enjambre, é hijadeante llega al llano. Frondosísima alameda huellan pronto sus pies; rumorosa fuente le brinda con sus aguas; linda virgen se la da solícita á beber en las palmas de sus rosadas manos, y deleite singular gustan sus labios al ser humedecidos. Apagada la sed, báñale el cuerpo la misma graciosa jovenzuela, que es rubia como el sol poniente; con sabrosa merienda de sencillos manjares le obsequia después, y cuando la noche se arrebujá en sus oscuros mantos, blando lecho le ofrece en rústico y callado albergue, donde los dos reposan, enlazados sus cuerpos por estrecho abrazo, unidas sus almas en un beso,

y defendidos ambos por un ángel de nevadas alas: el ángel del Amor..... ¡Qué noche! ¡qué cielo! ¡qué luz! ¡qué gloria singular!..... El alba espereza sus cansados miembros; la luz de la mañana, límpida é intensa, le muestra flor marchita la que aspiró su aliento hasta la embriaguez, y el ángel del amor cuyas alas han tomado el color del fuego, le demanda seguirle ofreciéndole delicias más intensas.

Siguele en vertiginoso vuelo, ganoso ya y sediento del placer imaginado, y en noches venturosas de orgias y festines que se suceden rápidas, á goces inefables se entrega por completo, hasta desfallecer, hasta agotar la vida, buscando inútilmente saciar aquella sed devoradora que le pide más, todavía más, siempre más. El ángel cuyas alas se han tornado negras, rie sarcástico cuando hacia él vuelve sus ojos flébiles y opacos, y ya le abandona á los rigores de la fiebre, ya le impulsa á mansiones donde el placer acaba y empiezan el bochorno y los remordimientos..... ¡Qué noches! ¡qué torturas! ¡qué crueles delirios! ¡qué falta de vida! ¡qué anhelos de muerte!.....

Arpía la mujer, filtro el amor, demonio el ángel, huyó de ellos presa de horrible pánico. Pero sus miembros doloridos no le obedecían; su alma, enervada, carecía de fuerzas; sólo su conciencia fustigandole cruel le impulsaba á seguir, y arrastrandose cual misera babosa, y temeroso como ladrón cobarde, y fatigado como un tísico, huye defantasmas fatídicos que le amenazan iracundos con desgarrarle las entrañas. No puede mas. Sus fuerzas se agotaron. Y van á darle alcance. Y desfallece. Y cae. ¡Oh!..... Ecos melodiosos de célicos cantares detienen á la turba que le perseguia; son ecos divinos, sí, salen del templo á cuyas puertas se halla. La noche termina; los religiosos bendicen al Señor, y la compana llama á los fieles para la misa del alba. El pecador llora contrito, pide perdón á Dios, y arrastrando sus débiles miembros por el suelo, entra en el templo y llega hasta cerca del altar. Reza, llora, se acusa, y al elevar la santa hostia el sacerdote, oye una voz dulce que, como á Lázaro le dice: Levantate y anda.... El agradecido, adora en Dios.

IV.

Cuando abrí los ojos, la habitación estaba plenamente inundada por la luz del sol, y tito Martín dandome voces.

—¿No te levantes hoy? Perderás la misa.... Vamos hombre, que apenas sí te queda tiempo; ya Luciana se ha ido.

¡La misa! ¿otra misa?..... ¡Ah! que todo lo pasado fué mentira; todo un sueño. Allí están mis libros, mi sotana encima de una silla; más allá la canoa, en aquella percha los manteos, sobre mi cabeza el Crucifijo, y enfrente, colocado en medio del testero, el retrato del señor Arzobispo, recordando la súplica de mi santa madre moribunda: «Sigue sus pasos, hijo mio»

—¡Vamos, Cristóbal!—repitió Martín— Quiero ir contigo. Levantate y anda.

¡Levantate y anda! Estas palabras que sintetizaban el último episodio de mi sueño, despertaron en mi ánimo los sentimientos

de soldado de Cristo, y diligente me persigné y empecé á vestirme, rezando como todas las mañanas.

Fuí á misa; confesé; recibí la sagrada comunión; oré con más fervor que nunca, y, aunque ya la tenía bien cimentada, consolidé aquel día mi fama de *Santito*.

Desde entonces, si humilde y callado y obediente y mustio había parecido siempre, más lo parecí desde aquel día; si poquita cosa fui hasta entonces, menos parecí ser. Tito Martín tenía delicadezas de madre ó de amante cariñosa para conmigo, y cada vez que recordaba que al empezar el curso yo había de ausentarme, ó que en las primeras órdenes que se anunciasen, yo las recibiría de *Epístola*, lloraba como un niño. Luciana entretanto aprestaba todo su ajuar de boda, y á mi presencia muchos días, bordaba los últimos trapenses y las últimas sábana. El ganapán con quien iba á desposarse, tenía gran prisa, y ¿podreis creer que aquello me irritaba?....

En cuanto nos quedábamos solos, el presunto marido, y el enlace próximo, y la felicidad futura de Luciana, me ofrecían motivo

para enfrascarme en sátiras crueles que mi prima escuchaba entre risueña y pesarosa, compadecida, no sé si de la víctima de ellas ó de mí, que ya lo merecía por el despecho insano y la amargura que me las inspiraban.—¡Tobita, por Dios!—decía reconviniéndome amorosa, cuando mi despiadada lengua tocaba en el agravio. Mas si atenuaba la sarcástica dureza de mis diatribas, veíala esforzarse para sonreír, y muy pronto, vencida por la risa, me ordenaba callar, y como no la obedeciera, me despedía amenazándome con darme de agujazos, y como no bastara, se levantaba súbito para castigarme, y en infantil y juguetona lucha, labor y plática por entonces terminaban.

Llegó ¡que todo llega si desventura trae! llegó el día de la Virgen del Consuelo, prefijado para verificar la boda. La familia del novio no quiso reducirla á los modestos límites que deseara el tío Martín, sino antes bien darla el mayor fausto posible, y pues era una dicha para los contrayentes, solemnizarla con una grande fiesta.

Bien de mañana todavía llegó el coche de Roque á nuestra puerta trayendo al padre

del novio y la madrina, puestos de punta en blanco; á poco subieron al vehículo Luciana, su padre y un amigo, y ¡adiós! á la parroquia y de esta á casa del futuro esposo. ¿Qué diré de cuanto sufrí en aquel momento? El ¡jiah! del cochero restallando el látigo fué grito sepulcral que heló mi sangre, que cegó mis ojos, que me arrancó la vida, dejándome sumido en un completo paroxismo. Y exánime no obstante, oí que me decía:—«Pero Tobita, ven; ¿por qué no vienes?»..... ¡Oh! Es que aún después de muerto, yo la oyera.

En aquel momento sentí impulsos de volar á su lado, no para acompañarla, para retenerla, para cogerla en brazos y tornar con ella á nuestra casa en cuya puerta mi esfuerzo la defendería de ejércitos enteros que viniesen á quitarmela; animado por ellos, dí hacia el coche un paso, dos, tres..... yo no sé cuantos. Y vi su rostro sonriente, plácido, retratando la mayor satisfacción, y otra vez me hallé presa del más terrible desconsuelo, con algo de ira loca... ¡Estúpido de mí que pretendía que la boda aquella la considerase Luciana, cual la consideraba yo, como el naufragio de mi dicha, como la negación de mi ventura,

como la muerte de mis esperanzas y de mis ilusiones todas!

Y en aquella boda, era evidente, no había nada extraordinario, sino mi febril excitación. Ella nació para casarse y se casaba; yo para ser cura, y á serlo iba muy pronto. ¿Por qué no sonreír Luciana, cuando por todo sonreía?..... De mi amor, de aquel amor hecho patente por demás, aunque no en frases, ¿qué pensaba? es decir, ¿pensaba algo?.....

No, no consentí en ir á la iglesia; mustio y contristado torné doliente á casa, y recorriendo desolado sus habitaciones, dí al aire mis lamentos y lloré mi infortunio y pedí á Dios la muerte. El punto de parada fué mi cuarto, mi lecho, en el que revolcándome y llorando estuve largo rato, hasta que cual otras muchas veces, el retrato del señor Arzobispo cuya mirada suplicante y beatífica expresión, tan decisiva influencia ejercían sobre mi espíritu, me recordó á mi santa madre, y su postrera voluntad, y mi destino, en fin.

Vestíme los hábitos rezando en alta voz, y encaminéme á la parroquia para asistir á la función del día. La animación en las calles era extraordinaria; el pueblo todo ataviado

con sus trajes de gala, festejaba el día de la patrona del lugar, y aquí y acullá grupos de chicos y de hombres hablaban con regocijo y algazara de la corrida de becerros que por la tarde había de celebrarse ¡Día feliz aquel en que todos gozaban!

Pasáronseme aquel día las horas de la función en imaginar la escena de la boda que no había querido presenciar, y en recorrer con la vista los sitios en que habría estado Luciana. Allí confesaría; en aquella capilla recibiría la Sagrada Forma; ante aquel altar le darian la bendición nupcial ¡Oh, qué hora y media más amarga! Al fin acabó todo, y en traje seglar me dirigí á la boda.

V

La casa del señor Frasquito Díaz, padre de *Morcones*, había sido invadida desde bien temprano por los convidados á la boda, y bajo el entoldado patio, grande y cuadrangular, y en los anchos y ventilados corredores, y en

las salas bajas, rozagantes muchachas limpias y ataviadas con vistosos trajes de colores claros, pañuelos de espuma y flores á montones, charlaban animadamente ya unas con otras, ya con apuestos jóvenes, labradores y artesanos en su mayoría, todos luciendo aquellas prendas que se guardan en el fondo del arca y sólo ven la luz cuando repican gordo. El concurso de personas mayores no es menos numeroso. Señor Frasquito Diaz ha llamado á festejar la boda de su primogénito á todos sus colegas del Ayuntamiento; á todos los socios del casino de la Pipa; á todos sus parientes, amigos y vecinos. Apenas he llegado, y ya son más de ocho los que me han ofrecido copas de los varios vinos que en botellas y en bandejas con vasos, circulan con profusión por todos lados. ¡Ah! Ya sé por experiencia lo que ocasiona la bebida, y no, no acepto más que pizca ó nada de lo que se me ofrece.

En mitad del patio hallo al novio, quien apenas me ha visto y ya me estruja entre sus brazos, más afectuoso y tierno que madre de soldado en Cuba.

—Una copa, Tobita—dijo luego, ciñen-

do aún mi cintura con uno de sus fornidos brazos.

—Gracias; me hace daño.

—¡Tadaí! ¿daño el vino?,.... ¡Chist! Mira, tú, arrima acá esa batea..... Vamos allá. Esta tú, y yo esta otra. Choca ahí. Por nuestro parentesco, y..... porque seas pronto Arzobispo.

—Porque seais felices.

— Estimando. Y á propósito. Si hubieras visto á Luciana en la iglesia..... Lloró y se emocionó de un modo..... ¡vamos! que me hizo á mí si lloro si no lloro.

—No es extraño; el paso más transcendental de la vida..... Lloran muchas.

—¡Digo! ¡Si lo sabré yo eso! Pero..... vaya, vamos á verla.

Entramos, es decir; llegamos á la puerta de la sala del fondo, literalmente llena por gente que escuchaba las candenciosas notas de una canción en voga, arrancadas por experta mano á una guitarra. Pedimos paso, y atravesado el dintel, antes de que mis ojos hubieran encontrado la faz hermosa de mi prima entre aquella almáciga de cabezas, su voz angelical hirió mi oído, empezando una

copla. La vi. ¡Qué bella estaba! Su arrogante busto aprisionado aquel día por el corsé, destacábase elegante y magestuoso en la primera fila del apretado corro, semejando lo mismo apuesta reina recibiendo en corte, que gentilica vestal en la celebración de una pagana fiesta. Habíame visto ya al concluir la copla, y por señas me llamó á su lado, logrando colocarme al punto gracias á la popularidad de que entre las jóvenes gozaba el bueno de Tobita. El marido, reclamado pronto por sus amistades, se retiró á poco.

El tiempo deslizábase en aquella sala bullicioso y alegre, entre coplas cantadas al son de la guitarra, y repartos de bizcochos y otros dulces, alternando con copitas de licor y vino para quien lo quería, como se hacía en el patio y en todas las habitaciones de la casa. ¡Oh! El rumbo del señor Frasquito se manifestaba bien espléndidamente, y no se le debía en escasa parte el hervor de frases, la efusión de afectos, el reir sin tasa, el gozar honesto, la animación creciente, y el calor, el calor tropical que incomodaba ya más de lo necesario. El canto acabó para dar plaza al palique entablado entre novios, amigos,

pretendientes y murmuradores, en los que la siesta, ya vecina, comenzó á hacer claros hasta reducirnos en número á una dozava parte. Ya entonces se pudo transitar de un lado á otro, y revolveirse con alguna holgura, y hablar sin verse interrumpido á cada instante. Ya entonces pude yo explicarme por qué tito Martin y su consuegro y una cuñada de este que con él vivía, no danzaban cual todos los demás parientes, entre los convidados. Ocupábanles los aprestos de la gran comida con que se obsequiaba aquella tarde á los amigos, y del fogaril del patinillo á la cocina, y de ésta á la despensa, los tres andaban dando órdenes y proporcionando á pinches y guisanderos cuanto para el condimento de las ollas puestas á cocer, necesitaban. El novio entretanto, después de haberle propuesto á Luciana hacer *los tres*, ellos y yo, una escapada aquella tarde para ver los novillos, cosa á que mi prima no accedió, empeñose en discusión horrenda con otros camaradas, acerca del respectivo valor taurómico de Mazzantini y *Espartero*, quienes tenían dividido el pueblo entre detractores apasionadísimos y furibundos partidarios, muchos de los cuales,

estoy seguro de ello, no habían visto nunca ni al sevillano ni al eúskaro. En estas circunstancias daba una vuelta distraído, ó mejor dicho, ensimismado, cuando me encontré casualmente á solas con mi prima.

—¡Ah!

—¡Tobita!

Y cruzamos una mirada que fué síntesis de un mundo de afectos, y quedamos ambos como petrificados..... ¿Qué delito le hizo bajar la vista aborbornada? ¿Qué vergüenza ensangrentó mi rostro, ruborizandome?.... Ella, más enérgica, se repuso antes, y avanzando un paso, me dijo con dulzura:

—¿Qué me dices?

—Nada—repuse dirigiéndola dura mirada de reproche—que ya..... te has casado.

—Y no contigo ¿verdad?—añadió cariñosa, posando una de sus manos en mi hombro y acercando al mío su bello rostro hasta que marme con su aliento—¡Cuando digo, Tobita, que eres tonto.....! ¡Casarme contigo! ¿Recordastes á mi padre alguna vez al pensar eso? ¿Te concibes tú mismo sin ser cura?.... Tú, sin hábitos, no serías tú; serías otro, y á ese... yo no le conozco.

—¡Cura! ¡cura?... ¡Oh, qué infortunio el mío! ¡Qué desgraciado soy!

—¡Tobita de mi alma!—exclamó ella tomándome una mano y apretándola entre las suyas—¿Tú, tan sabio, dices eso?... Creía yo que el sacrificio por la persona querida, hacía dichoso.

—¿Luego á conciencia me has sacrificado?

—¡Vete!—exclamó enérgica, soltando mi mano con desdén.—Soy yo quién se ha sacrificado á tu bienestar y á tu ventura.

Y sin esperar réplica escapó ligera como una exhalación. ¡Sacrificada á mí!... ¡Sacrificada!.... Es decir, ¡que me amaba!.... ¡Ah! ¡qué placer! Y en seguida ¡qué afán! y bien pronto ¡qué ira porque no la detuve! Y luego ¡que mortal angustia viéndola perdida para mí y sacrificada voluntariamente á mi destino!

Ansiando verla, necesitando verla, salí de aquella habitación á la inmediata, en donde unas polluelas daban buena cuenta de una batea de dulces, y sin aceptar los que solícitas muchas me ofrecieron ni oír sus palabras, siempre zalameras y tiernas para el *Santito*, llegué al patio y la vi sentada ya junto á su

esposo, y rodeada de su padre, su suegro, el padrino, y no sé si alguien más, todos formando un grupo de familia que charlaba en amena intimidad.

—Adios, Pio Nono—dijo el señor Frasquisto Diaz al divisarme.—Ven acá hombre; y espabilate, que paeces que estás comío por la tiricia. Yo no te pido na, más que por hoy; mañana sigue ya con esa cara de dolor de costao que tienes siempre; pero hoy..... Echele usté un vasito, consuegro..... Aquí, á la vera mía tienes un sitio..... Vaya, ten ahí; celebremos nuestro parentesco, ya que nos han dejado este ratito. ¿Has visto cuanta gente? Toa la villa; no hay más que decir. Por supuesto, yo me lo merezco; es decir, tos nos lo merecemos; porque ¡mía que tu prima!..... ¡Buen ojo el de mi chico! ¿eh? Algunos me han dicho..... yo no les he hecho caso; mas algunos han querío ponerle pero en mi conceuto porque no..... tiene ¿entiendes tú? Pero yo he dicho ¿y qué? Mi chico es un hombre, y basta ¿no es eso? ¡Claro está! Y á propósito: lo que ha é ser luego, ahora; cuándo mejor?

Señor Frasquisto Diaz echó mano á su petaca, y sacando de ella cuatro hermosos ci-

garros, dió uno á tito Martin, otro á mi y otro al novio, diciéndole:

—Toma, hijo mio: tu nuevo estado y mi voluntad te permiten alternar con tu padre en toa reunión de hombres, sin faltarme al respeto debido.

La charla entablada en aquel corro, á cada instante interrumpida por gente que llegaba ó se iba, hizoseme asaz pesada: los recién casados tomaban escasa parte en ella sosteniendo entre sí conversación particular muy afectuosa, y yo apenas si intervenía con monoslabos y palabras sueltas, fija mi atención en Luciana cuya actitud indiferente y un si es no es desdeñosa con respecto á mí, llegó á preocuparme, juntamente con muchas reflexiones é ideas extraordinarias que los acontecimientos del día me habían sugerido.

Acabó la tertulia tras de muchas variaciones en el personal, con la llegada, con la vuelta, mejor dicho, de algunas jóvenes amigas, en pos de las cuales llegaron muchachos, que propusieron, que entablaron un alegre baile de seguidillas, en medio del extenso patio. Creció el jaleo y llegó la algazara y el general contento á todo su esplendor.

Luciana bailó con su marido y otros cuantos; los más finos requiebros, los más apasionados piropos, á ella se dirigian, reconocida como heroína, como reina de la fiesta, más que por ser novia, por su hermosura y gentileza. Era feliz sin duda, pues se la veía completamente satisfecha. ¡Y se decía sacrificada!... ¡bah!

Tan olvidada estaba ya de mí, que en aquella baraunda, que en aquel continuo movimiento que la llevaban ya hacia este, ya hacia el otro lado, ni por casualidad sus ojos se fijaron una vez en mí, ni menos tuvo para el mísero capellancete una de aquellas palabras dulces como el almíbar, una de aquellas amables caricias, que me embelesaban ó me enardecían. Decididamente aquello había pasado ya.

Acametido de mortal nostalgia, aparteme del lugar del baile y vagué por los más apartados rincones de la casa, huyendo de la gente, y forzado en todas partes á otorgar saludos, á fingir sonrisas, á contestar necias preguntas. Cuando al atardecer se interrumpió el baile y empezó el trágico de poner mesas y más mesas para la comida, decidí mar-

charme, escabullirme, No; yo no soportaría que entonces me sentasen cerca de amigos ó entre extraños, y me obligasen á comer succulenta paella, ni pingosa caldereta, ni ninguno de los diferentes guisos en que se habían preparado aquellos seis borregos y aquel cuarto de vaca y aquellos doce pollos y aquel lomo de puerco con que el señor Frasquito Diaz parecía haber pretendido emular las famosas bodas de Camacho.

El piso alto me brindaba con su soledad, y aprovechando un instante en que me encontré solo, subí las escaleras con apresuramiento. Ni allí tampoco estaba mi tranquilidad. Paseé caviloso por sus corredores, discurrí preocupado por sus habitaciones; y á la manera que el preso escucha desde su calabozo los alegres ruidos de la fiesta en que goza el hombre libre, así estuve oyendo aquel rumor de colmena en que á mi llegaban confundidos los chicoleos, las risas y las conversaciones del festin que en el patio se verificaba. Desde uno de los balcones á que me acerqué inconscientemente, ví el aspecto que ofrecía la mesa extendida á lo largo del patio en dos filas que se unían con una ter-

cera formando ángulos rectos. Fuentes y cazuelas llenas y humeantes iban sin cesar de la cocina al patio, y apenas colocadas sobre el blanco mantel, vacías quedaban por los comensales. Unos había que en obsequiar se les pasaba el tiempo; otros que se curaban más del vino que de la comida; quien engullía por siete; quien hablaba por quince; aquí uno tiraba huesos de aceituna á aquel su amigo; allí otro pedía vino; más allá un tercero andaba á voces con el del lado opuesto; y entre los que á cada momento se levantan, los que se van, los que ahora entran y los que ya principian á hacer eses, ni faltan tropezones, ni dejan de derramarse platos, ni de romperse vasos, ni de mancharse trajes, ni de ocasionar todo ello gritos y risotadas que aumentan la general algarabía. Por allí anda Morcones entre sus amigos, gozoso y satisfecho más que un triunfador; allí está Luciana defendiéndose con sonrisas y súplicas de los mil que pretenden deberle la atención de que les acepte una futeza. ¡Ah, Dios mio, Dios mio! Y yo preso en aquella cárcel de mis votos, de mi impotencia y de mis celos.

Me aparté del balcón, y oprimido por un

pesar extremo y presa de una intensa fiebre, me tiré en una butaca que allí había. No recuerdo, no recuerdo ya un punto siquiera de lo que allí pensara, ni cuánto tiempo allí permaneciera. Lo que sí recuerdo ¡oh! ¡cómo no! lo que sí recuerdo es que ya obscurecido, unos ligeros pasos y el roce de un vestido por la estera de juncos que el suelo cubría, me hicieron dar un salto y exclamar:

—¡Luciana!

—¡Ah!—prorrumpió ella en un ahogado grito que revelaba tanta sorpresa como miedo.

—Soy yo—le dije acercándome para que me reconociera.

—¡Tobita!—exclamó solemnemente y con gran dignidad—¿Qué haces aquí?

—Nada. Lloraba.

—¿Llorabas?—dijo con ternura—¿Y por qué, tontina?

—¿Te parece que no tengo motivos? Porque hoy has muerto para mí.

—No, yo no muero para ti, Cristobal. Mueren sólo las delectaciones insensatas que alguna vez hemos sentido; esos ensueños..... en fin, no sé cómo llamarlos; nuestras tonte-

rias, ó las que hasta hoy fueron tonterías. Entretenimientos de muchachos, que es preciso cortar; que están cortados.

—¿Tonterías dices?

—Sí; pero si quieres, llámale nuestro infantil cariño.

—Nuestro amor. Luciana, nuestro amor.

—Como quieras. Ha muerto.

—Y sin embargo, nunca fué en mí más vivo, nunca más ardiente, nunca como hoy me arrebató. ¡Morir! No; vive y vivirá mientras nosotros alentemos.

—¡Tobita!

—Sí, sí—repuse avanzando audaz y tomándole una mano—Tu alma pura y tu conciencia recta se rebelan contra ese amor hoy criminal que ni siquiera has concebido, y cuya revelación en este instante te sorprende. ¡Ah! Eres tan pura como intenso el amor que me devora..... No, no me huyas; soy yo quien va á marcharse; tú subirías para algo; voy á irme ya. ¡Adios! ¡Adios! mi..... ¡Ay! Me ahogo..... ¡Y pensar que te tengo entre mis brazos!..... Cómo habías de huir si yo quisiera!..... Mira, mira si tengo fuerzas; mira si ni ese ni nadie podría llevarte no consintiendo yo; mi,

ra si así, ciñendo yo tu cuello, y tu cintura, y estrechándote así..... así....

Frenético y febril la había abrazado venciendo sus repulsas y despreciando sus palabras de protesta, hasta llegar á una inmunda lucha, en cuyo fragor mis labios ardorosos lograron posarse un breve instante sobre su boca perfumada, 'dándole un comprimido beso. Lanzó al recibirlo agudo grito, se retorció nerviosa, y con la fuerza de un movimiento de epiléptico, me despidió lejos de sí, al mismo tiempo que otro grito sordo, que un rugido casi, resonó hacia la puerta. Yo me sentí entonces perfectamente imbécil; un cercano peligro de que el instinto me avisara agitó mi organismo, y en seguida, no sé: Alguien que me tumba en sus brazos, otro grito desgarrador de Luciana, una columpiada gratisima que da mi cuerpo á través del espacio, una conmoción violenta producida por un impetuoso choque, y..... nada más; sombras, noche, no ser. Ignoro qué fué de mi durante muchos dias.

VI

Cuando pasaron aquellas horribles fiebres que me tuvieron delirando veinte días, me hallé con una pierna entablillada, y sin poder apenas revolverme en el lecho, por la debilidad extrema y los dolores agudísimos que sufría. ¿Qué me había pasado?.....

Después, muchos días después me lo dijeron. El marido de Luciana, aquel torazo de Morcones que me había sorprendido en lucha brutal con su mujer, ciego de ira y por los celos arrastrado, me tiró por el balcón del patio como quien tira un muñeco roto. Vine á caer sobre los morros de un concejal á quien hice hocicar sobre una hermosa fuente de natillas, de la cual servía platos á los comensales que le rodeaban. La sorpresa y la estupefacción que produjera mi vuelo por los aires, podeis imaginarlas. La explicación del hecho..... la explicación del hecho tardó bastante en darse, y hubo ocasión de hilva-

narla, viniendo la casualidad á proteger la honra de los recién casados, evitando que cayese en lenguas desde el primer día. Fué como sigue.

Al reparar en la barbaridad por su marido cometida, Luciana cayó sobre un sofá, presa de un síncope. Su esposo acudió en auxilio de ella, y en los balcones, si alguien miró pasados los instantes del natural atolondramiento, á nadie pudo verse. Mi caída y el desmayo que me ocasionara, el golpe terrible que recibiera el concejal, los salpicones de natilla en cuya honda fuente éste se había bañado toda la cabeza y los chorros de sangre que por las narices derramara, produjeron el susto, los gritos y la rebujina consiguientes, aumentados á poco con las estentóreas voces de Morcones, que desde arriba demandaba socorro para su mujer. Y el muerto ó casi muerto abajo tendido entre los platos de la mesa, las voces de socorro arriba, y la actitud del concejal bañado en sangre y en natillas, produjeron algunos desmayos y patalatas en algunas sensibles señoras, con lo que se aumentó la confusión, y cundió el pánico, y fué teatro la casa de un desorden, una babel

y un escándalo verdaderamente horribles. El deseo de salir fustigó á muchos, creció la vocería llamando cada cual á sus parientes, y en tropel empezaron á marchar hacia la calle al mismo tiempo que de la calle entraban los curiosos, atraídos por el ruido infernal que se había armado. Y unos entrando y otros pugnando por salir, la revolución llegó á su límite y rodaron mesas y se rompieron sillas y se apagaron luces, y hubo pisotones, caídas, atropellos, bofetadas, estacazos, un infierno, ¡Oh, qué relaciones las que de la boda me han contado luego!

Nadie supo aquella noche lo que sucediera, ó por qué había sucedido todo aquello. Pero al siguiente día, ya se explicó todo; si señor. Y se explicaba así:

Aquel *Santito* mísero que tan humilde parecía, no había querido nunca que su prima se casase con Morcones, á quien odiaba con tanto furor como cuidado ponía su condición hipócrita en ocultarlo. Se casó apesar suyo, y ciego de despecho y acaso borracho, había intentado suicidarse tirándose por el balcón. Pasma produciría esta revelación entre mis convecinos; pero no tan grande como

el que en mí produjo cuando me lo contaron. ¿Sería verdad que hasta ese extremo me hubiese llevado mi insensata pasión? Yo de nada me acordaba realmente. ¿Sería verdad que llegué á cometer aquel horrendo crimen?.....

—No; pero ¿y qué?—me contestó tito Martin al formularle esa pregunta — ¿Es acaso pecado menos grave el que has cometido? Amar á Luciana, atentar á su honor y al de su esposo, olvidando tus votos, ultrajando mis canas, mancillando mi honra y manchando tus hábitos?..... ¡Miserable! Vida infeliz la que Dios te reserva, cuando no ha castigado con la muerte tu delito.

¡Cuanta razón tenía! ¡Qué cierto ha sido lo que profetizará!

Voy á concluir, que hartó abusé ya, lector, de tu paciencia.

Cuando pude abandonar el lecho sirviéndome de muletas para andar, tito Martin murió, víctima de la pena agudísima que mi cojera ya incurable le causara, tanto por la desgracia de la lesión en sí, cuanto porque ella me cerraba las puertas de la Iglesia, esperanza hermosa y anhelo el más ferviente de su vida.

El amor á mí de Luciana se borró de su pecho el día de mi arrebató, y no he sabido luego discernir si me compadece si me desprecia. Durante mi enfermedad la ví contadas veces, y siempre delante de testigos. Ni una palabra referente á aquello. ¿Me perdonas? —le dije un día sollozando.—Así Dios te perdone como te he perdonado yo.—Y me dejó.

Y desvanécida la aureola de que en el pueblo yo gozaba, pasando, por virtud de aquel suceso, de ser un ángel en la tierra á ser un miserable hipócrita, envidioso y embustero, ni tuve á quien volver los ojos, ni alcancé apenas lo que nunca faltó á los desgraciados, que es la compasión.

Ahora, vosotros hombres pensadores, hombres de razón y de lógica, direis si merecí tan cruel castigo, ó si en mí se han castigado ajenas culpas. Sabeis cual es mi crimen. Amar, sentir el más intenso y puro amor por una mujer hermosa y digna. Sabeis cual ha sido mi castigo: Vivir sólo en el mundo, lesionado el cuerpo y martirizada el alma por remordimientos voraces y continuos. Pagué culpas ajenas, ¿no es verdad?....

¡Ah, padres míos! ¡Ah idolatrados padres! ¡Yo os perdono de todo corazón vuestro intento no conseguido al fin, de trazar senda á mi vida, y aun doy gracias á Dios que me permite ver honrado y feliz el hogar de Luciana; pues con menos virtud en ella ó más grande maldad en mí, el deshonor y la mancilla hubieran caído sobre él.





LA VENDIMIA

Como el enfermo á quien la sangre falta, se ve á la cepa desfallecida y mustia; el sarmiento ya humilla su empinada gaita hacia la madre tierra, y sus bordadas hojas, amarillentas y resquebrajadas, vuelan á impulsos del cierzo del otoño, y no resguardan ya de los solares rayos al dorado racimo que, como perlas de trasparente ámbar, se ofrece preñado de divino jugo

Vecinas están ya las lluvias del otoño, y en lontananza las heladas del invierno. Hay que salvarle de peligros, y la sazón aprove-

char que pródigo le dió el verano. Vendimadores en ringlera van cortándolo por liños cuidadosamente; y en tinetas lo llevan á la esplanada ó patio de la casa, donde en redores y capachos lo solean para que sus fibras sean luego más dúctiles en el lagar, y la marrana esprima mucho con menor esfuerzo.

Lleno al atardecer se encuentra el patio. Aquel más consumido en que liban abejas á montones, es el cortado ayer; este más coruscante, es el de la tarea del día que termina ahora, cuando los gorriones saltan desde el brocal del pozo al caballete y el aleró, piando y repiando tras de la astuta hembra á quien señala sitio para dormir en las vigas de la cuadra ó entre las ramas del naranjo. Se dió de mano; las tinetas se abandonan hasta el día siguiente; en la pila donde bebió el ganado se lavan las callosas manos; sobre las arcillosas piedras que en sus bordes hay para el efecto, se le dan cuatro pases al cuchillo, y tras de enjugarse en cualquier pico de la chamarreta, se echa el más dulce cigarro de la vida, cantando el mozo puesta la mirada en el azul del cielo, unos preparando los cogollos con que más tarde ha seguir su comenzada

empleita, rascándose otro los zapatos sentado sobre un chopo, hasta que ya la noche enciema, desde el portal grita el casero:

—¡Al ajooo!.....

Y se tira la punta ó tras de la oreja se coloca; y á las alforjas se recurre en busca de chile, de pan y de cucharas.

Humeante barreño sobre una basta mesa colocado, brinda con abundante cena; mígase por varios el untoso caldo que coloreó el rico tomate, y sentados en chopos y angarillas, satisfacen el hambre mordiendo del pimiento tras de cada sopa, y empinando el jarro cuando le trae la rueda.

De la mejor mantua unos racimos, sirven de postres á la cena, y en tanto el viejo cuenta su historieta y el más rendido piensa en hacer la cama, nunca falta un zagal que, echando mano á la guitarra, se acondicione en el portal, y á la fresca mozuela que dejó en el pueblo, dedique músicas y coplas que la luna viene pronto á escuchar, por no ser menos que las hijas del capataz ó del casero, ya deseosas de aquel rato de prima, durante el que pueden estar junto á quien sabel. Si no hay nada formal, una palabra lisonjera siem-

pre se oye con gusto, digala quien la diga, siendo soltero y joven.

Tras de las muchachas llegan todos, formase ruedo en torno al tocador, y en planta la fiesta que animan la confianza y la alegría, fatigas y cansancio son vencidos por aquellos aires, por aquellas notas, por aquella danza.

Como relámpagos fugaces pasan dos ó más horas, y el prudente capataz ó manijero advierte de que la noche escapa y el siguiente dia no tiene menos horas. A dormir, se dice; y el corro se deshace, la guitarra se cuelga, estiéndense las mantas sobre las esteras de junco que arrolladas en un rincón estaban, y á poco no se escucha en la casa otro ruido que la conversación escasa de los pisadores, el mozo de tinas y el casero, quienes pronto se aprestan á empezar su tarea de la mañana.

Media la noche cuando la soleada uva se trasporta al lagar, entonces alumbrado por farolas de aceite; dos fornidos peones vistiendo livianas taleguillas que llegan á mitad del muslo, una blusa sin mangas y unos fuertes zapatos de claveadas suelas, la extienden á paladas; y cuando por igual el suelo está cu-

bierto, empieza el pisoteo pesado y uniforme que revienta el fruto y deja correr el mosto hacia la tina ya dispuesta, en la cual cae viscoso y turbio como agua de avenida, dejando huesecillos y escobajos en el tupido colador de lata que del abierto caño cuelga. Y sigue el pisoteo después de revolverse por las palas repetidas veces, y el incesante chorro llena pronto la tina, de la que en jarras se traslada á la empajuelada bota donde ha de fermentar, y reposarse y convertirse en el divino néctar que por su valía inestimable, sangre de Cristo suele ser llamado.

No es suficiente la repetida pisa á sacar todo el jugo que entre sus capilares vasos guardan avaros los estrujados gránulos, y la incongruente masa informe en que se hallan convertidos, es apilada al rededor del rosqueado husillo, fajándosela luego con una luenga tira de trenzado esparto que la encierra en los moldes de un cono, sobre el que se adosan unas pesadas tablas que aprieta luego la marrana, bajando á vueltas por las roscas.

Escaso esfuerzo cuestan á los pisadores las primeras vueltas, que consiguen á impulsos simultáneos dados hacia adelante; á cada

uno de ellos, la masa comprimida suelta el líquido que aun aprisiona, y el esparto suda en abundancia vertiendo raudales por todos sus poros. Después, ya es mayor el trabajo, y los empujes se dan andando hacia su espalda el tirador, porque así es el impulso más violento; y suda que te suda y cada vez más reducido el pié, cuando las luces empiezan á desfallecer y el alba desgarrá los velos de la noche, la estrujada uva se halla convertida en caliente y seco orujo. Un último intervalo de descanso; un último jalón, y arriba la marrana, y fuera los tableros, y á desceñir la faja, y á picar en la compacta y apretada pira, para sacarla fuera y dejar el lagar limpio.

Si el amo es crematístico y aprovechado, del lagar vá el orujo á unas tinajas donde fermenta un poco y vuelve de nuevo á prensarse por este ó por aquel sistema, para sacarle el caldo que es esencia del gazpacho. Si se renuncia á este producto que es lo más corriente, aún sirve el orujo de sabroso pasto á la piara de puerkas y berracos que gruñen ya en la porqueriza, olfateando el esperado pienso.

Y cuando cesan sus gruñidos, se oyen los

trinos de la canora alondra; el febeo disco asoma por oriente; empieza el gargagear y el rebullir de hombres en la gañanía; y al hombro la tineta y dentro de ella la navaja, el vendimiador vuelve diligente á la tarea, comenzando de nuevo la vuelta de esa rueda eterna en que descansa la única felicidad del pobre.







SIN TRABAJO

Cuando aquel lunes, poco después de amanecer, llegaron los trabajadores para reanudar las faenas que el sábado en la tarde habían interrumpido, hallabase el cortijo silencioso, vacío, sin ganados, triste como un cementerio.

Ni en el establo los bueyes, ni los mulos en la cuadra, ni á la puerta los arados, ni las gallinas por aquí y por acullá, ni fuego en la gañanía, ni nada que indicase que con la aurora tornó la vida al recinto aquel, tan alegre y bullicioso de continuo. Los pajares tapia-

dos, cerradas las ventanas, el perro suelto por allí oliscando é inquieto y gruñidor cual si buscase á alguien ó algo le faltara, ¿qué fué de aquel paraje, siempre tan animado por el trajín de la labor, por el cantar de pájaros y hombres, por los relinchos, validos, y rebuznos de los animales que salían ó entraban?...

De allá abajo se vió llegar pronto al casero que traía en las manos un haz de ajos verdes, sin duda acabados de arrancar.

—¿Qué pasa aquí?— le preguntaron.

—Lo peor del mundo, compañeros: que aquí no hay ya trabajo. Nuestro amo tiene su hacienda en las garras del fisco, y no nos necesita ni puede mantenernos. Estamos despedidos.

¡Despedidos antes de acabar la siembra, y aquel año! La impresión que la infausta nueva produjo no pudo ser más general ni ni más intensa y deplorable. Ella significaba el carecer de jornales hasta sabe Dios cuándo, hasta Abril en que se pillasen, si se pillaban, algunas peonadas de escarda; y entre tanto hambre segura á todas horas; hambre que había que engañar buscando espárragos, vendiendo tagarninas, arrancando

palmitos, escamoteando leña, haciendo cisco ó fabricando empleita, faenas todas ellas que no daban ni para el pan de cada día. ¡Buena era!

Y no había más. Aquello era un hecho. El amo en los Madriles; en la ciudad un administrador que sería Dios sabe cómo, y resultado: lo que había pasado; que el día anterior había sido todo recogido y depositado, y hasta allí la historia que el casero sabía.

Sombríos y taciturnos cual si ante si danzasen fantasmas evocados por el temor del hambre, los trabajadores volvieron á emprender el camino del pueblo, como si atrás dejasen en brazos de la muerte un ser querido.

Al cabo de un mes, quizás antes de un mes, la miseria les envolvía en sus redes, les ahogaba con sus dogales, sin tener más consideración con el que había sido menos pobre.

El capataz, el que fué capataz de aquel cortijo, fué quizás el más infeliz de todos ellos. Quiso primero, que nadie voluntariamente renuncia la posición que ha logrado alcanzar por humilde que ella sea, quiso primero bus-

car un acomodo igual al que perdiera; pero corriendo el tiempo sin que lograrse hallarlo, fué bajando en pretensiones á medida que aumentaban sus necesidades, y llegó al punto de ofrecerse en la plaza, en la taberna, en la casa de este y la del otro, para cualquier trabajo aunque fuera el más duro, aunque estuviese mal retribuido. Quería trabajar, nada más que trabajar, y obtener lo necesario para atender á las más perentorias necesidades de su familia.

Inutilmente. No hay quien dé un mal jornal. Lluvias pertinaces y dañinas han paralizado las faenas agrícolas, y ante los temores de que se pierda la cosecha, el labrador se ha retraído, y el hambre y la miseria producen crisis de agonía en las casas de los pobres.

Uno de los días en que le faltó el pan, tomó apenado la escopeta que ya había vendido á un su vecino, y salió de cacería, esperando hallar lenitivo, aunque fuese pasajero, á su mal, en aquella ocupación que otras veces fue de sus diversiones favoritas. Cazó en baldío y cazó en coto, sin hacer caso de acequias ni tablillas; y orgulloso de sí mismo y

recreándose por adelantado con la impresión que en su esposa había de producir verle llegar con nueve piezas que podrían venderse lo menos á peseta cada una, marchaba con apresuramiento de retorno al pueblo, cuando una voz de ¡alto! seca é imperativa, le dejó estático, y estático y pasmado la presencia inmediata de la Guardia civil. ¡Adios los alhagadores ensueños con que su ánimo se recreara! Desde el pináculo de aquella felicidad relativa á que sus nobles sentimientos le elevaran, cayó desplomado, por ejecutores de la ley, en el negro infortunio de dar con sus huesos en la cárcel, á donde la pareja le llevó después de despojarle de escopeta y caza.

¡En la cárcel donde nunca había estado! ¡Qué tristes pensamientos los que en aquella noche le martirizaron, y qué relajación la que en su noble espíritu produjo aquel rigor injusto!

Después, ya le ha sucedido muchas veces salir bien de mañana atolondrado por las voces de sus chiquillos que le pedían pan, y volver ya muy tarde con el bolsillo vacío.

Una noche que se halla en estas circunstancias, discurre intranquilo y desesperado.



por la población, insensible al rigor del frío que le traspasa el astroso vestido de paño burdo y le grietea las carnes, sintiendo como golpeado su cerebro por el recuerdo pertinaz de la voz de sus hijos, y presa su organismo de los mareos y desvanecimientos que produce el hambre. Y discurriendo de aquí para acullá afanoso de hallar algún dinero, cada asalto que dá le proporciona un nuevo desengaño; el amigo le dice que no tiene, y quien no es amigo le dice lo propio, ó redondamente se lo niega. Y va á llegar á su vivienda humilde, y siente miedo y terror ante la escena que su imaginación le finge.

En la puerta de un sucio bodegón cuyo olor de cocina aspira con delicia, ve tras de un alambrado unas viandas mosqueadas y curtidas. Le parecen de mieles, y observando que se halla completamente solo, considera...: considera que con alargar el brazo y escapar, algo le llevaría á sus hijos. ¡El robo! Idea siniestra. Pues es la única que asalta su cerebro. No obstante, sus puros sentimientos, su repugnancia al delito y el temor á la cárcel, le contienen.

A través de los cristales de las ventanas

del Casino, ve á la gente rica, á la que no trabaja nunca, jugando á los naipes distraídamente. Monedas y monedas pasan y vuelven á pasar de una mano á otra, sin que tristeza ni contento se trasluzca en nadie. Aquello con lo cual él tendría para vivir un mes, aquello que terminaría con sus congojas y pesares, allí no es apreciado en nada, y sólo se le estima por el liviano placer que proporciona. ¡Oh, qué burla maldita la de la suerte! ¿Por qué unos han de tener para enviciarse, para encanallarse, y á otros le ha de faltar para vivir?..... Ya entonces no son ideas de robo solamente las que germinan en su cerebro. Robo y asesinato y exterminio son las que le acometen y le fascinan. Y sin embargo, los sentimientos de honradez que abrigó siempre en su alma, le hacen horrorizarse de sus pensamientos y seguir adelante, desesperado y ciego.

Así llega á su casa.

Componen su vivienda, una salilla baja que se encuentra casi desmantelada, y una alcoba interior en cuyo suelo se ven tendidos dos jergones. Echada en uno de ellos, una mujer flaca, pálida y joven, engaña con sus

pechos juntos, lacios y vacíos, el hambre de un niño que no quiere, que no puede dormir. En la salilla, cerca del belón cuya menguada luz vacila soplada por el viento que se cuela por las grietas de la cerrada ventanuca, una niña sentada sobre un desfilachado redorcillo, tiene entre sus rodillas una escoba liada en un pañuelo, figurando ser una muñeca, á la cual muy seriamente dirige su argentina voz en estos términos:

—¡Esú, Dios mío! Te tansada se ponen estas niñas. ¿No te icho ya te á dodmí? Po á hacé nana ¡ea! Pan no hay hasta te papá venga. Tonte vamo á dodmí. A la ni-ni-ni-na-na, te viene ed toto.....

Y amorosa y angelical le arrulla y le canturrea, reproduciendo sin duda con su muñeca, la escena que antes habría pasado entre su madre y ella misma ó uno de sus hermanos.

Al llegar el padre á la puerta, como un fantasma evocado salta la madre del jergón, y con la cara lívida y brillante la mirada, le pregunta si trae alguna cosa.

—¡Nada!—exclama con amargo desconsuelo.

A esta voz, la niña vuelve su rubia cabecita, ve á su padre, y súbito tira la muñeca para saltar á sus brazos.

—¿Me taes pan, papaito?—le dice.

—No lo traigo, alma mía; no he podido traerlo—responde el infeliz.

—Entonces..... ¿Pero tú no ve que voy á morirme de hambe?

El la agarra en sus brazos y la besa, transido de dolor.

—Vamos á costarte, Rufina—le dice la madre.

—¿Cin cená?

—Sin cenar.

Rufina se acuesta sollozando y á duras penas convencida de que debe aguardar al día siguiente para comer.

El hambre ahullenta el sueño de sus ojos, y con ellos abiertos, fijos en la luz, se queda al cabo quieta, quietecita, estática, así como en sus éxtasis deben quedarse los bienaventurados, y en sus meditaciones los filósofos, y en sus adoraciones los querubes. ¿Qué piensa?.....

Piensa que no ha comido, y que se va á morir muy pronto. Y no se asusta, no siente

miedo. ¿Pues quizá no sabe ya ella á donde van los niños cuando mueren?..... Sólo un temor la preocupa; y para desvanecerlo é irse contenta de este mundo, dice sin moverse:

—Mamá.

—¿Qué quieres, vida mía?

—Tú sabes si hay rostras en el cielo?





EL CARRERISTA RURAL

Llegó el otoño reflexivo con sus templados cierzos, y sonó el toque de llamada al trabajo en la gran fábrica de sabios.

De los paternos lares se despide la futura generación, y henchido el ánimo de inmejorables propósitos y nobles planes, uno tras de otro van llegando á dejar inscrito su nombre en el registro de copartícipes de aquella mina de ciencia en explotación, tan afanosos de empezar á descubrir sus hermosos filones, que se les hace perdurable el tiempo que tardan en dar comienzo á la faena, porque el

trabajo, sólo un trabajo asiduo puede calmar los escozores que les causa el recuerdo un si es no es sentimental y bochornoso, del padre que dejó dirigiendo la besana, de los apuros de la madre al prepararle una maleta regularmente surtida, ó del mercenario que le sustituye en el molino, el taller, el lagar ó el mostrador.

Cuando compra los libros, instrumentos de que ha de hacer uso en su trabajo, tiene monólogos íntimos en que hilvana planes hermosos que llegan hasta la realización del ideal. Uno, dos, tres ó cuatro son los libros. Caros le han costado; pero estrechándolos contra su corazón, se promete desentrañar todas sus enseñanzas, y apropiárselas todas haciendo de ellas un tesoro; aprovechar hasta la quinta esencia; en fin..... No faltan más que diez, cinco, tres días para comenzar, los cuales se le hacen más largos á medida que su número decrece, y á la postre le incitan á echar una cana al aire, antes de entregarse de lleno y por completo á la anhelada tarea.

¡Fatalidad! Tras de la cana, se echó insensiblemente un pelo; pero ¿qué se ha perdido? un día? ¡Bah! ¡Apenas si con la grandísi-

ma fuerza de voluntad que le anima y con las aptitudes que se reconoce, le queda tiempo en el curso para estudiarlo todo, para saberlo todo! Descansará aquel día para tener el cuerpo bueno y la cabeza despejada, y al siguiente....

Al siguiente se encuentra con que ya son dos las clases á que ha faltado, y con que le es forzoso faltar á la tercera porque no sabe qué lección se lleva, y no estaría bien empezar dando una mala nota.

No mucho después, la pereza le hace cometer la cuarta; una meretriz aumenta el número, y la desidia y el abandono que empiezan á poseerlo, son causa de que le borren de lista. Quizá por que son muchos los borrados no le parece éste mal grande, y aún se le ocurre que no por ello debe cambiar su vida de bohemio, por la afanosa del que quiere saber aquel fárrago de cosas que los libros contienen, muchas de las cuales son por completo extrañas á la carrera ó profesión que ha de ejercer, ni debe tampoco trocar las horas del café Suizo por las insípidas del cuarto de su casa. Antoñasele igualmente que no hay precisión de saber mucho para alcanzar el resul-

tado que, en suma, sus padres pueden exigirle, y, en fin, que aún falta mucho para Junio.

Además reflexiona detenidamente sobre el estado de la clase esta ó de la otra, y las halla atrasadas; bastante atrasadas; los alumnos están todos, poco más, poco menos, á la altura de su ignorancia, y por consiguiente no hay que temer un rigor extremado en los exámenes, puesto que al profesor menos que á nadie convendría el hacer con ellos una hecatombe.

Luego, acerca de los catedráticos, hay que tener en cuenta cierta cosa; y es, que aun cuando algunos saben más que Lepe, otros no han inventado la pólvora ni han estado siquiera á punto de inventarla; él por de pronto, los divide en dos categorías: infelices, y bonachones; esto es, más ó menos asequibles á aprobar, mediante la simpatía ó la recomendación, á la burra de Balaham en forma de estudiante.

Y pasó el curso y llegó el mes de Junio.

El estímulo del ejemplo y el temor de que no obstante sus apreciaciones optimistas, pueda sufrir un fracaso, le deciden, cuando el exámen ya le espera, á pasar cuatro malas

no ches, durante las cuales prende á su magin como con alfileres, algunas ideas sueltas; graba en su memoria cuatro ó seis puntos sobresalientes; ilustra con otros el programa, y allá va nervioso, calenturiento y con ojeras á presentarse al tribunal, confiado más en la torpeza ó la mala fortuna del alumno que en el acto le preceda y en la conmiseración del profesor, que en lo poco y mal que sabe.

No le suspenden. En esto de notabilizar, si la frase vale, y hacer sobresalir á cualquiera, nuestros claustros universitarios son más liberales que Riego y más pródigos que el verano.

El aprovechado joven se apresta gozoso á retornar al pueblo, y ¡oh, qué otro vuelvel

Cierto que siempre había tenido él sus humos de personaje, y que su orgullo subió de punto al verse Bachiller; pero ahora, ahora que estudia Facultad, él mismo no se explica satisfactoriamente cómo cabe en el pueblo. ¡Es aquello tan chico, tan miserable! ¡los hombres tan tozudos, tan bestias! ¡las mujeres tan simples, tan panfilotas! Y si en la calle por esto se está mal, en casa se está peor. Porque ¡qué preguntar tan incesante de lo que

no saben ni pueden comprender! ¡qué temor continuo de que llegue un amigo encopetado con el cual alterna, y vea al hermanillo con los calzones rotos; á la madre cogiendo puntos á los calcetines, y al padre sacando filo á la hoz de podar ó componiéndole el serón al burro! Dígase lo que se quiera, aquello no deja de ser una vergüenza para la persona que tiene que vivir en sociedad; y para no abochornarse de ella, se marcha al café, al casino, al paseo, á cualquier parte en donde pueda departir con quienes le comprendan.

No quisiera él abusar del estado pecuario de la casa, nada desahogado á causa de los gastos que sus estudios en la ciudad vienen ocasionando; pero hay que alternar, entrar y salir en todas partes; la sociedad tiene exigencias; á lo mejor se presenta un compromiso, y..... en fin; ya se le comprarán los zapatos al chico, ó ya estrenará el mantón la hermana; él no puede salir á la calle sin llevar algo en el bolsillo; ¿donde va un hombre sin dinero?

Con treinta ó cuarenta reales para lo que se ocurra y entre aquellas pobres gentes, como quien dice, en país conquistado ¡uff! tira

de espaldas el gesto desdenoso que á su cara imprime, y es augusto el desdén con que trata á media humanidad. Muy rara vez se digna salir de la atmósfera de fatuidad y orgullo que le tiene embriagado; pero si alguna vez lo hace y deja oír su voz autorizada, ya tiene un disonante epíteto en la boca, para aquel que se atreva á disentir de sus palabras ó discrepar de su criterio.

Que rara vez sucede; porque si bien es cierto que él no es ningún Séneca, lo conoce así, y discutiéndose cosa de entidad, toma el buen acuerdo de no abrir sus labios sino ante ciertas y contadas personas.

Ahora, si alguna vez el pez le sale rana, y donde creía ver un ignorante, se encuentran con quien puede confundirle, contrariedad muy grande es; pero ni se inmuta ni se amilana. ¿Qué? ¿Le han dado una contestación que no tiene vuelta de hoja? Pues.....

—Mire usted, no estamos de acuerdo; profesamos principios diferentes; yo sobre esto tengo mis ideas, ideas propias; ¿sabe usted? y..... en fin, lo mejor es dejarlo.

¿Le hacen una pregunta que no acierta á contestar? Pues estampa en su rostro un grá-

fico mohín entre compasivo y desdénso, y con él sale del paso, así como diciendo:

—¡Mira qué infeliz este! Como si yo quisiera confundirle..... ¡Bah! No se puede hablar con cierta gente.

Así y todo, creedlo: el joven estudiante es considerado en su pueblo como un sabio, y el que menos le concede que es joven de talento y de brillante porvenir. Y llegado esto á oídos de los padres, aunque algún año pierda el curso ¿cómo han de desistir de su proyecto de darle una carrera? Hay tanto envidioso en este mundo!.... Adelante, adelante siempre; ya falta menos. Si en tanto sucede que el padre pierde la salud en el campo ó en el taller ¿qué compensación tan grande no es, saber que la voz de su niño es la que sobresale en el casino? Si mientras tanto la familia sufre privaciones sin cuento ¿qué importan todas si el niño va á salir de aquella mísera existencia, y será rico y dichoso en cuanto obtenga el título?....

¡Padres infelices! Ignoran que el noventa y cinco por ciento de sus hijos, convertidos en pobres rábulas ó tristes médicos, serán siempre la encarnación de la necesidad, y me-

nos felices que si mercaderes, industriales ó agricultores hubieran sido.

Abogados sin pleitos, médicos sin visitas, galeotes se hacen que eligen por campo de sus aventuras la política, y poseidos de ambiciones insensatas y ávidos de obtener lucrativos empleos, se convierten en ciudadanos perniciosos.





THE UNIVERSITY OF CHICAGO

LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CHICAGO
1850-1851
1852-1853
1854-1855
1856-1857
1858-1859
1860-1861
1862-1863
1864-1865
1866-1867
1868-1869
1870-1871
1872-1873
1874-1875
1876-1877
1878-1879
1880-1881
1882-1883
1884-1885
1886-1887
1888-1889
1890-1891
1892-1893
1894-1895
1896-1897
1898-1899
1900-1901
1902-1903
1904-1905
1906-1907
1908-1909
1910-1911
1912-1913
1914-1915
1916-1917
1918-1919
1920-1921
1922-1923
1924-1925
1926-1927
1928-1929
1930-1931
1932-1933
1934-1935
1936-1937
1938-1939
1940-1941
1942-1943
1944-1945
1946-1947
1948-1949
1950-1951
1952-1953
1954-1955
1956-1957
1958-1959
1960-1961
1962-1963
1964-1965
1966-1967
1968-1969
1970-1971
1972-1973
1974-1975
1976-1977
1978-1979
1980-1981
1982-1983
1984-1985
1986-1987
1988-1989
1990-1991
1992-1993
1994-1995
1996-1997
1998-1999
2000-2001
2002-2003
2004-2005
2006-2007
2008-2009
2010-2011
2012-2013
2014-2015
2016-2017
2018-2019
2020-2021
2022-2023
2024-2025



EL ROBO DE ELENA

I.

Los gallos del corral vecino anunciaban ya el alba, cuando yo entraba en mi cuarto de soltero satisfecho y feliz, como hombre para quien no existían cuidados ni trabajos. Vací en uno de los cajones de la cómoda los puñados de oro que en el Casino había ganado aquella noche, y disponiéndome á ocupar mi solitario lecho, sorprendieron mis ojos una carta á mi nombre, colocada sobre el velador.

—¡De ella!—exclamé reconociendo por la forma de la letra, á la persona que me la escribía.

Rasgué el sobre sin impaciencia ni temores, y leí en el pliego esta sola línea, escrita con lápiz.

«A las dos de la noche en la puerta de la verja.»

—¡Sopla!—volví á exclamar sacudiéndolos dedos de la mano izquierda. «A las dos de la noche en la puerta de la verja»..... Allí estaré, señora mía; allí estaré dispuesto á cumplir vuestros deseos; es decir, los míos; que soy yo quien os ha propuesto hacerle esta jugarreta al sandio de vuestro marido. ¡Pobre Marcos!..... ¡Ja..... ja..... ja.....!

Me reí lanzando estrepitosa carcajada que provocó en mí el recuerdo de un cómico y no santo episodio, sucedido una cierta noche en cierto sitio, entre este Marcos, su mujer y yo. E hilvanando mentalmente los indispensables preparativos que había de hacer al levantarme para emprender, acompañado de ella, un viaje que podía ser largo, me acosté fumando tranquilamente un cigarrillo, en cuyas espirales de humo, contempladas indo-

lentamente por mis entornados ojos, fui viendo y recreándome en escenas y paisajes de la costa africana, de Italia, de Suiza y Francia, países que en compañía de mi enamorada pensaba recorrer, y en cuya brillante odisea podía tardar un par de años. Sí; ¿quién puede esperar confiadamente que una pasión dure más tiempo, aún cuando la haya inspirado y la mantenga viva una mujer encantadora que debió casarse conmigo y, por caprichos de la suerte, casó con un pobre diablo á quien yo tuve en berlina desde un año después de su enlace? Era tiempo bastante; y sobre todo, me tenía sin cuidado el porvenir, en el que nunca paré mientes.

Tiré la punta del cigarro, apagué la bujía y me dormí pensando en la verdad de los refranes: «Desgraciado en el juego, afortunado en amores» decía uno. Yo tenía mi gabeta llena de oro debido al juego, y esperándome para huir con ella, una hermosísima mujer. Compensación ¡Bah! Descansemos.

Aún embargado el ánimo por las seductoras ideas de una felicidad tan próxima, se duerme á pierna suelta; creedlo sin escrúpulos. Yo al menos, así dormí aquella mañana.

Me levanté á la una; apresté diligente cuanto creí necesario, y á las ocho de la noche, ya estaba en camino de la cercana villa, distante unas tres leguas de la ciudad.

II.

Acariciado por la fresca brisa que el cercano mar regalaba á la campiña, puse á galope mi caballo apenas dejé atrás la última calle, y veloz como liebre perseguida, recorrí el camino que me separaba de la hermosa Elena.

La yerta musa mía se negó siempre á satisfacer las demandas que mi ingenio le hiciera para cantar un hecho heróico, y temeroso de un nuevo desaire, no la invito ahora á que dé tonos épicos á aquella cabalgada, en la que parecía que las ansias de mi ánimo y los latidos de mi corazón daban impulso á mi alazán, según de rápida fué entonces su carrera. Diré yo, ya que la musa calla, que el fogoso animal sudaba por todos los poros de

su cuerpo, cuando al pisar el cerrillo del Ahorcado, ví las mortecinas luces que alumbraban las estrechas calles de Libánica, y distinguí, confusamente envuelto por las sombras, el torreón ó atalaya del castillo que se eleva sobre unas rocas de la playa, á cien pasos del pueblo, y en el cual se hospeda lo selecto ó principal de la colonia veraniega.

Con la presencia del lugar en que moraba ella, calmose mi impaciencia, y refrené la velocidad del bruto que montaba, dejándole marchar á sosegado paso. Poco después entraba en aquél antiguo caserón solariego, bautizado recientemente por un moderno mesonero con el nombre de *Hotel del Castillo*, y, atravesando su empedrado patio, veía en el corredor á Elena con su cortejo acostumbrado de mujeres jóvenes, de caballeros formales, libre de su marido, entregada por completo á las coqueterías, á las flirtaciones que eran su distracción favorita y casi exclusiva. Otro que no la hubiese conocido como yo, acaso habría sentido celos. Yo seguí adelante sin experimentar la más mínina inquietud, y un minuto después me apeaba á la puerta de la cuadra, y echaba á andar hacia el sitio

en donde, reunidos en tertulia, estaban los más de los bañistas.

—¡Hola, Luis!—oí que exclamaba una voz áspera, al mismo tiempo que sentía caer sobre mis hombros dos pesadas manos.—Te esperaba, Luis..... No sé por qué, pero te esperaba esta noche; me alegro mucho de verte.

—Gracias, Marcos—repliqué un tanto contrariado—¿qué quieres?

—Ven á mi cuarto. Quiero hablarte confidencialmente, Luis.

—¿De tu mujer?

—De mi mujer, sí. ¿Sabes?

—Nada; pero hablaremos luego; ahora vamos á verla.

—No, yo no voy. No me presento á ella hasta no haber adoptado una resolución. Una resolución, que quiero que me aconsejes tú, Luis.

—Bien; pues esperame en tu habitación.

—¿Vendrás?

—Sí, confía en ello.

—Pues hasta luego, Luis. Y mucho gusto en verte.

¡Diablo de hombre aque! Aun cuando lo despreciaba profundamente, suscitaba en mi

ser no sé qué género de compasión, que me lo hacía fuertemente simpático. Había sido mi víctima eternamente; víctima de mis travesuras, en el colegio; víctima de mi voracidad pecuniaria y amorosa en nuestros tiempos de estudiante; víctima de mi liviandad en su matrimonio. Aún á las victimas se les profesa afecto.

III.

En la reunión del vestíbulo ó corredor aquel donde los bañistas pasaban la prima de la noche en animada y picotera charla ó en juegos inocentes, Elena descollaba de entre las demás damas, tanto por su hermosura, como por su elegancia y su talento. Envidia y admiración inspiraba á las mujeres; deseos y temores á los hombres; desdén y rasgos de vívora, hombres y mujeres á su excepticismo, que era cruel. Su despreocupación y su amabilidad para con ellos, excitaban los más ardientes celos en el ánimo de

todas; su estudiada frivolidad y su talento, conseguían hacerla perdonar y respetar. Su hermosura y su donaire en la conversación, le hacían ser adorada por los hombres; su trato igualmente coquetón para con todos, la hacían objeto de íntimos rencores, tan pasajeros como era grande su inconstancia. Era, en suma, una mujer escepcional.

Mi llegada produjo despecho en los hombres, que en mí veían un rival preferido, y mentida sensación de rubor en las mujeres que hacían lo posible por que tras de su comedimiento y su finura, se dejase ver que estaban escandalizadas. ¡Hipócritas! Seguro estoy de que echar con cualquiera de ellas aquellos largos y solitarios paseos á que se habían reducido mis amores con Elena, durante su estancia en el balneario, me hubiera costado sólo proponermelo. Pero todo lo que el diablo no aprecia, viste bien de virtud, y fingiendo pudores que estaban muy lejos de sentir, unas tras de otras se fueron retirando poco después que hube llegado. ¡Mujeres! ¡bah! Todo es en ellas relativo, y la mitad de su ser descansa en una negación.

Hablé con Elena dos palabras de amor,

y otras dos de la fuga. En seguida fuíme á cenar, y cuando hube concluido, busqué á Marcos, sin que ni su infelicidad ni mi traición me preocupasen.

IV.

—Siéntate, Luis—me dijo colocando una silla junto á la ventana—Siéntate, que quiero hablarte de un asunto grave; ya te lo figurarás. De Elena—añadió suspirando—¿Quieres aguardiente?

Puso ante mí la mesa que ocupaba el centro del cuarto, colocó en ella una botella y dos vasos que había sobre la cómoda, y escancié sin escuchar mi negativa.

Entre tanto yo procuré hacer acopio de paciencia para soportar una conversación que de fijo iba á ser desagradable para mí. Conocía bien á Marcos, y no ignoraba cual era la causa de que á medida que mejoraban sus negocios, tornárase más pálido, más flaco y más inquieto. Sucedíale como á tantos otros,

que su mujer le hacía purgar antiguas calaveradas. Sin embargo, dejabala en bastante libertad, lo que unos explicaban diciendo que hacía la vista gorda, y otros alegando que su primero y único intento de meterla en cintura no dió otro resultado que un conato de escándalo y una amenaza de ella, que impuso á su marido el silencio del terror. De cualquier modo, Marcos tenía motivos para estar nervioso y beber aguardiente.

—Aquí me tienes, Luis—dijo con amargura, después de vaciar un vaso—Aquí me tienes arrinconado, sufriendo el horrible castigo que mi mujer me ha impuesto, con su conducta artera. Ayer reñimos, y los celos me matan, Luis; reñimos, y aquí me tienes porque el hablar con cualquiera me fastidia y el verla amable y cariñosa con otros me enfurece. ¿No es verdad que hago un papel lucido?

Entonces bebí yo, rehuyendo contestarle.

El apuró un segundo vaso, y apoyando los codos sobre la mesa y ocultando la cara entre las manos, prosiguió:

—Si yo no la amase, Luis, me importaría poco; pero la amo, la amo como no concebía yo que se pudiera amar...., Y ella no, ella no

me ama. ¡Ay! Si no fuera más que eso, si no fuera más que no me amase, que coquetease con todo el mundo, yo lo soportaría; pero, Luis, ama á otro.

—¡A otro!—exclamé fingiendo mal una sorpresa que estaba muy lejos de sentir.

—Sí; de seguro. Desde hace ya dias, desde que aquí vinimos, la vengo observando cuando se halla sola, y anda cavilosa, triste, desasosegada..... Ya no canta, Luis, ya no canta.....

—Bebe—le dije alargándole un tercer vaso.

Marcos bebió.

—Y escribe diariamente—siguió diciendo á poco—No puede ser sino á un amante, ¿verdad?..... ¡Ay, Luis, amigo mio! Luego..... luego.....

Calló, y yo le contemplé con lástima.

—Luego—prosiguió—he visto hoy que ha recogido sus prendas, sus joyas, sus alhajas.... todo lo tiene enmaletado. ¿Para qué? le he preguntado—Como nos marcharemos dentro de dos dias.... me contestó. Pero esto es una excusa; parece una excusa; ¿verdad, Luis?..... Y he llegado á temer..... ¡Ay, Luis!

Crees tú que piense en escapárseme? ¿Me la robará ese amante maldito?

A no hallarse tan hondamente preocupado, aquel pobre marido hubiera visto el salto que dí en mi asiento.

No vió nada.

Incorporose perezosamente, y mirándome con ojos extraviados, me preguntó:

—¿Qué hago, Luis?

—Matar á ese hombre.

—¡Martarle!..... Es verdad.... ¿Con qué gusto lo haría!..... ¿Y quién es, Luis?

—Averigualo — repuse levantándome, fastidiado y molesto ya por la incipiente imbecilidad de mi amigo.

—No te vayas todavía, Luis—dijo suplicante y cogiéndome una mano—¿A donde vas?

Realmente no tenía adonde ir, y me quedé.

Le dí más aguardiente, bebió, y medio borracho se quedó aletargado, compartiendo el peso de su cuerpo entre la silla y la mesa.

V.

Yo, meditabundo á pesar mío, echeme de bruces sobre la ventana y contemplé el mar, tranquilo y apacible, cuyas olas, al romperse en las rocas, producían el único ruido que llegaba hasta mí. La luna, paseando solitaria por un cielo azul y limpio de nubes, envolvía en tintas melancólicas á la cercana villa, entregada ya al reposo augusto de la noche. Corría una fresca brisa que acariciaba mi frente con cariño. Encendí un cigarro y lo fumé pensando en Marcos y en el objeto de mi viaje.

Pasó tiempo, y el próximo reloj del Santo Angel, parroquia de Libánica, dió á los aires las doce graves campanadas que anuncian la media noche. Marcos se despertó.

—¿Estás ahí, Luis?

—Aquí estoy.

—Voy á beber agua.

Levántose con no poco trabajo, y bebió

de una botija de la Rambla, que puesta al fresco estaba.

—¡Bueno! ¿Fumas?—dijo luego.

—No; toma.

Le di un cigarro y encendí yo otro.

—Vamos, Luis—dijo encendiendo el suyo—¿qué me aconsejas?

—¡Consejos!—exclamé encogiéndome de hombros.—Para esos casos no se dan.

—Harías tú algo—prosiguió diciendo—se te ocurre algo que no sea abandonarla ni matarla? Porque esto es imposible, Luis, es imposible.

Siguió hablándome en tanto fumábamos; me contó episodios bien dramáticos de su triste vida de casado; me recordó escenas de nuestra juventud, de su tiempo de novios, de su día de bodas.....

—Tú fuistes nuestro padrino, Luis. Tú lo debías ser también de nuestro primer hijo. ¿Te acuerdas, Luis?

Por toda respuesta me levanté precipitadamente.

—Me voy, Marcos—le dije—Dentro de poco cruzaré en mi caballo esos caminos, y no nos volveremos á ver más. ¿Quieres un

consejo? Es indigno, como mío; pero es el único que puedo darte. Es este. Buscate una amante. En cuanto á Elena, no la consideres como á un ángel, mírala como una mujer, y trátala como hombre. No seas un bestia, Marcos..... Adiós.

Estreché su mano entre las mías, y me dispuse á salir, á tiempo que entraba Elena.

¡Oh! En aquel momento mi valor moral llegaba al heroísmo.

—Señora—le dije con entereza y dignidad.—Dejo á usted en los brazos de un esposo, en vez de dejarla, pasado algún tiempo, en una mancebía ó en un hospital. Obro bien, me parece, cosa rara en mí. Aprécielo como á bien tenga.

Y salí precipitadamente.

Llegué á la cuadra, y al mozo que dormía sobre un costal, le dije dándole un puntapié:

—Mi caballo pronto, animal.

No se hizo repetir la orden, y poco después volví á montar. En el mismo patio del castillo metí espuelas, y partí al tendido galope de mi potro que más veloz corría cuanto más de aquel sitio se alejaba, como si fue-

se dejando en el camino todo el peso del amor criminal que allí me llevara, y el de la perfidia que iba á cometer.





TRAPOS VIEJOS

I.

A influjos del invierno próximo, perdieron ya las noches su templanza y apacible dulzura, y las primeras corrientes del sutil airecillo que patente se hace al salir del teatro y el café, hielan, no el cuerpo, sino el alma del honrado menestral y del pobre empleado, padres de familia, á quienes la imagen del sastre se les representa como un monstruo dispuesto á devorarle.

¡Adiós driles! ¡adiós lanillas catalanas!

¡adiós baratas vestiduras! ¡Concluyó vuestro imperio antes que vuestra vida ya en la senectud, y la jerga y el paño piden plaza en el propio cuerpo y en los de la prole, más crecida que los bienes de fortuna.

El necesita un terno. Su elegante americana de alpaca con la que se venía haciendo la ilusión de que iba vestido á la oficina, se le rie ya por las mangas y aun por otras partes, y hay que pensar en arrumbarla. El estudiante ¡ya lo creo! es ya un hombrecito, y necesita á más del terno consabido, de un gabán. A la niña ¡ay Dios! ya no le sirve ni el vestido rosa que varió de hechura por el Corpus, ni el sombrero que estrenó por la Virgen; necesitará un traje oscuro; querrá una capota; exigirá un abrigo. Y los dos chicos ¡claro está! no han verles las Pascuas vestidos de marineritos con las piernecillas al aire y sin camisa.....

—Necesitamos tres, cuatro ternos—dice para sí en íntimo monólogo: cuatro ternos, y el equipo de la niña ¡Ah! y el gabán del estudiante, y quizá alguna cosilla que le haga falta á la mujer..... ¿Qué podrá costar eso?..... Cuatro, cuarenta, sesenta y cinco..... con cien

duros..... con dos mil reales..... ¡Demonio!
¡qué frío hace! A tantos de Noviembre, y es-
tá el invierno encima..... ¡Cien duros! el ha-
ber de cuatro meses. Es verdad que nos ves-
timos para seis; porque ya hasta feria..... ¿Có-
mo cién duros? Pues ¿y zapatos? ¿y sombre-
ros? ¿y la casa por dentro?..... Son menester
mil reales más. ¡La faga de seis meses!.....
¡Valiente temporal el que se me ha venido
encima!.... En fin..... Don Fulgencio Rastri-
llo, aquel del expediente de pobreza, presta
dinero á módico interés. Cinco por ciento
mensual, obligando el sueldo y una segunda
firma. El hombre se me ofreció cuando yo le
serví. Le pediré dos ó tres pagas, y se re-
currirá á lo más urgente. Después..... ¿Pero y
comer? ¿de qué comeremos entre tanto?.....

Y devanándose los sesos en busca de efi-
caces medios para librarse de las garras de
Necesidad, Usura y Compañía, el bueno del
hombre llega á su hogar humilde, cuyos sue-
los, aun desnudos de esteras, se le antojan
losas sepulcrales, y donde el silencio que ya
reina le huele á cementerio!..... ¡Qué frío! que
horriblemente frío es el invierno para el po-
bre!

II.

También, no el airecillo del teatro; pero sí el resfriado que ya pilló el niño menor, también ha hecho pensar á la amante compañera en las necesidades del invierno, y en los medios que hay que poner en práctica para vestir la prole y cambiar el traje del esposo. Pero ni como relámpago fugaz pasó por sus mientes el suicida pensamiento de recurrir á la horrorosa usura, ni el de tomar pagas por adelantado, ni apelar al crédito, ni ningún otro medio financiero de los que en casos tales pone en práctica el hombre menos hacendista. Humilde y modesta como la golondrina, necesita de poco para la jornada que en perspectiva vé; le basta, como á aquella para obrar su nido, con desechos, casi con desperdicios, y en el fondo del arca, donde los guardó su previsión, busca de éstos para hacer con ellos, á fuerza de arte y de trabajo, lo que el sastre haría por el dinero que no hay....

¡Afuera! afuera todo, en confuso montón. Pase del arca á la banastilla, que ya se repasará prenda por prenda.

Y cuando los chicos duermen y el estudiante aún callejea, á la luz de un quinqué sentadas hija y madre, cortan y transforman aquellas viejas prendas, dándoles su voluntad é ingenio tales artes, que con escasa ayuda de materiales nuevos, niña, chicos y esposos tienen todos vestidos.

Un pantalón deteriorado del marido, se vuelve y arregla para el estudiante; está roto por ambas posaderas, pero se le remienda con el sobrante de los perniles, y como ha de llevar gabán, ni siquiera dejará ver los remiendos.

De la americana del estudiante, en cambio, se le hará un abrigo al chiquitín, y la ropa de éste le estará ya buena, con un facil rreglo, al otro.

Aún hay un chaqué del esposo, ya más antiguo que el andar tunando: se transforma en un abrigo que podrá usar la esposa para aandar por casa.

Y lo que no en esto, en lo otro, todo se aprovecha, para todo se halla aplicación, ha-

ciéndose con aquellos cuatro trapos tales milagros, que el problema económico por el frío ya reinante planteado, no se resuelve en absoluto ¡claro está! pero queda reducido á términos tan pequeños, que con un poco de esas economías inconcebibles para el hombre y que pudieran ser llamadas invenciones femeniles, queda resuelto por completo.

Y se burló á la usura, y no hubo que echar mano de ninguno de los desesperados medios á que pensó el marido recurrir.

III.

Puede sin miedo ya venir Diciembre, el mes de las tristezas y de los apuros; que si contra sus cierzos no fuesen resguardo suficiente aquellos trapos viejos tan primorosamente acomodados por la casta y diligente esposa, el afecto sagrado del hogar, que es sol que irradia intenso fuego, prestará abrigo á la familia, y de las nieves del invierno no quedará otra huella cuando la primavera lle-

gue, que en las cabezas de los padres, algunas canas más, hilos de plata con que se va tejiendo la corona augusta de la ancianidad.

Así la madre, la esposa, la mujer, labra con míseros despojos la dicha del hogar. ¡Bendita sea!





THE
LIBRARY

OF THE
UNIVERSITY OF
CHICAGO
PUBLISHED BY THE
UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS
CHICAGO, ILL.
1900



ACEITUNAS

I.

Brilla aún la luna cuando ya en el fogaril chisporrotean y dan llama clarísima las tronchadas rametas sobre las cuales el casero echa palitroques y cepillas que, en tanto se convierten en doradas ascuas, van calentando la ahumada gañanía, en cuyo fondo pronto se empieza á oír garraspear y dar bostezos y encender cigarros á la gente que, sobre esterres de junco y arrebujada en mantas, ha pasado la noche.

—¡Genteeeé.....!—grita el casero—Vamos allá que está ahí el día.

Y sin esperar otras exortaciones, dan todos por terminado el nocturno reposo, y doblan las mantas, y arrollan las esteras, y, quien con las alforjas al brazo, quien con la telera y la navaja, quien con los zapatos en la mano, todos van acercándose á la chimenea y sentándose alrededor del fuego, en chopos, angarillas, cántaros, piedras, ó lo que hallan primero.

Enseguida llegan, desgüeñadas, encogidas y arrebujadas en baratos matoncillos, roto el que no está remendado, mujeres de curtido rostro y manos hombrunas, bastas y uñinegras, quienes piden plaza ó toman puesto en el corro, ávidas de calentarse el cuerpo, entumecido por el frío de la noche. Esta trae ya el pan en la mano, quien le espera de la alforja del marido, aquella ordena traerlo al arrapiazo de su hijo que, legañoso y tiritando se acorruca á sus pies ó en el primer sitio que halla, y dividida la candela en cuatro ó seis ó más montones, empiezan á cortarse de las teleras rebanadas, y á tostarlas cada uno como mejor puede, conseguido lo cual en poco

tiempo, se las empapa en rico aceite, única cosa quedá el amo, aunque medido, y por ello lo hay en abundancia; y restregándole un ajo el que le gusta, y rociándola con sal el que lo quiere, se tiene condimentado el succulento almuerzo con que al llegar el alba, se han regalado ya sus estómagos.

Aún tienen por engullir el último bocado y los dedos pringosos, cuando la voz de la codicia les incita á emprender el camino del tajo, al cual quieren llegar para echar mano al nacer el sol.—Anda, Maolillo; coge tú esa espuerta.—Pepillo, traete la alforjas.—¿Echastes las granás, Riqueta?—Malena, que no te sorbía la taja.—Anda palante, ya con eso.

Y tras de unos minutos de rebujina y voces, *las cogedoras* salen del cortijo llevando en alforjas y esportillas las viandas que han de comer luego. No es encantador ni siquiera vistoso el aspecto que ofrecen á la nascente luz del día. Aunque las presumidas se alisan el pelo con la mano, y los pañolitos que se añudan debajo de la barba ó los que cubren sus hombros, logran colocarselos con cierto aire femenino, sus bajos presentan unos visos machunos, curadores de toda tentación.

Los cortos zagalejos ó enagüetas con que cubren sus piernas hasta poco más de las rodillas, dejan ver los perniles de unos calzoncillos azules ó parduzcos que caen holgados sobre unos viejos borceguíes, barrosos y acucharados, con los que pisan marcialmente lo mismo el surco que el cardo de la linde, sin los miramientos, sin la cortedad, sin los cuidados verdaderamente femeniles; los caracteres psíquicos del sexo, no se ven en ellas; junto á los compañeros con que se van acollecando, la mujer ha desaparecido; allí sólo hay cogedores machos y cogedores hembras.

El disco solar hiende sus rayos en arroyuelos y lagunas, cuando llegan al olivar en donde quedó el tajo; cada collera se dirige al olivo en que estaba cuando le sorprendió la voz del manijero ordenando dar de mano, y desperdigadas en los distintos liños, las diez ó las veinte ó las treinta parejas, aprestan las esportillas y empinan las escaleras que tendidas quedaron, para empezar diligentes y afañosas la cogida del morado fruto que ya esperan las trojes.

—¡Jesús!—se dice á poco en donde no se canta el *Santo Dios*.

Y con sed, con codicia, con verdaderas ansias empiezan, uno á echar abajo y otra á recojer los granos del desgredado olivo, árbol nada bello ni poético ni delicado; árbol sombrío cuya perenne verdura entristece la campiña; pero árbol generoso como pocos, sufrido como ninguno, que sin gran detrimento en la cosecha dispensa al labrador de todas sus labores en un año, que es duro á las contrariedades que las estaciones acarrean, que nunca exige grandes gastos ni prolijos cuidados, y que mereció la honra de que sus ramas fuesen el símbolo bendito de la paz.

Ellos encaramados á la altura de los más grandes brazos rípiando con las manos ó desgajando á palos, según como lo pague el amo, nada ofrecen de particular; pero ellas abajo, puestas en cuclillas, con la espuerta delante, cogiendo á dos manos con presteza suma sin que puas les contengan ni cardos les retraigan, doblando y extendiendo su cuerpo á veces con la flexibilidad de una culebra, mostrando afán en la mirada, saltando la vista desde el reguero que tienen delante á la esportilla, y de esta á la mayor para ver cuando se llena, cuando hay una media más, parecen

la propia encarnación de la avaricia, y no cantan, ni se distraen con nada, ni apenas si respiran. Para cantar, para que el tajo se convierta en sembrado de parduzcas alondras cuyos trinos duren lo que el día, las cogedoras por tarea, las que el amo paga á jornal; no estas *fanegueras*, que cobran según lo que rebañan, y que guardan sus expansiones para prima noche, para la vuelta á la casuca ó al cortijo. Pero aquellas sí cantan, aquellas son señoronas de á veintiún cuartos al día, y el día se lo pasan de copla en copla, arrullándose y dirigiéndose hombres y mujeres, piropos y chiclelos.

Ella rompe diciendo:

*Siendo yo niña inocente,
mi madre me lo decía:
si quieres ganar la gloria
quiere mucho «al que está arriba.»*

Y arriba está él, que alborozado le responde dando á entender que la indirecta no cayó en barbecho:

*Tú cogiendo aceitunas,
yo vareando;
de ramita en ramita
te estoy mirando.*

Y hay rengues deliciosos en que sentados los dos sobre la chueca del olivo, las ternezas del corazón que saltan á los labios y en las miradas se reflejan, muestran claramente que debajo de aquella corteza y aquella rusticidad, hay afectos intensos, apasionados, fogosos, hijos del caliente sol del Mediodía.

Las fanegueras no tienen tiempo que ocupar en estas dulces bagatelas; no piensan sino en coger mucho, en que nadie se las adelante. Y llenos los grandes esportones en que vacían las esportillas, los llevan al *tajador*, el cual mide por fanegas aquellos lucientes granos recogidos uno á uno, y da recibo al fanegero haciendo ciertas cisuras en *la taja*, palo de blanda corteza partido en dos mitades longitudinales, de las que cada cual conserva una.

Y ya pasado el mediodía, cuando yendo y viniendo esportones, el montón es enorme y expone al sol una brillante superficie obscura salpicada de puntos verdes que parecen granos de esmeraldas, y la pepita pizpireta pica con desvergüenza el estrujado grano, y el alocado mosquilito caza al vuelo de los mil insectillos voladores que al montón acuden,

óyese el cencerro del *liviano*, burro guión de *el acarreo*, que se presenta á poco. Llénanse con presteza los serones y costales que las cabalgaduras traen sobre sus lomos, y allá van á las trojes del molino, llorando lágrimas de tinta, arrancadas á su corazón por la pena de verse violentamente expatriadas, arrancadas de las ramas queridas que les dieron su savia y las columpiaron durante tanto tiempo; quizá presintiendo la trágica muerte que el rulo les reserva, ó envidiosas acaso de la fortuna de aquellas compañeras que quedaron en los pimpollos, ó que saltaron tan allá que no fueron vistas ó fueron despreciadas.

¡Fortuna escasa la de las que allí quedan! Ni ellas ni las de aquellos árboles que fueron respetados, porque son variedades de la especie, se pueden prometer suerte mejor. Aquellas que quedaron en las empinadas rametillas, pasto serán de la voracidad de un estornino; esas otras que quedaron salteadas, las hallará un rebuscador, y pronto se unirán con sus hermanas. Y las *manzanillas*, *verdiales*, *árolas*, *sevillanas*, y demás que ahora no se confunden, gozarán, sí, más tiempo de

la vida; su alcurnia aristocrática, exigirá que se las endulce, que se las adobe, que la sal y el vinagre y el orégano y el tomillo, les den su fortaleza, su sabor y su perfume, para con ellos aliñados, constituir un rico plato digno de ser presentado en las mesas de los ricos. Pero ¿qué es esto sino vanidad de vanidades? ¿qué más da morir aplastada por un rulo que triturada por una dentadura?..... El fin es igual. Al morir como al nacer, no hay diferencia.

Y en cambio esas aceitunas aristócratas no dan el rico aceite que vosotras ni proporcionan vuestro orujo, que, mezclado con afrecho, constituye un succulento pienso para el compañero de San Antón, y seco es un hermoso combustible.

Cesad en vuestras cuitas ¡oh aceitunas moradas, aceitunas vulgares y plebeyas! Sois las menos afortunadas del reino aceitunero, como los plebeyos de todos los reinos son los menos afortunados; pero también como estos proporcionais suma mayor de utilidades.

II.

Era morada como la violeta, y reluciente su orondo cuerpecito más que el espejo de la molinera. Su florida infancia y su verde juventud las había pasado regaladamente en brazos de su madre, quien con ella y con sus demás hermanas, se mecía orgullosa en brazos del vespertino céfiro, y aún llegaba á inclinarse, cuando en la mocedad las tuvo, sobre las chumberas de la cerca, quizá para decirle al caminante. «Mira qué hermosura la que yo he criado.»

Ella creció lozana más que ninguna otra, y antes que otra ninguna sintió deseos vehementes de saber cuál fuera su destino, de ver qué hubiera más allá del horizonte que divisaba, de volar como la alondra cuyos gorgoros oía, y de correr como el conejo que en su casa misma tenía albergue. Y aun cuando nada le faltaba para ser feliz, tanto la obsesinó esta idea de cambiar de suerte, que á las

veces, cuando azotaba el fiero vendabal y el pedrisco hería tallos y frutos, llegó á desear que el primero la arrastrase en su loco torbellino, ó que el segundo cortase la cadena que á sus lares la ataba.

La suerte fué menos cruel que sus deseos, y estos no se vieron cumplidos durante mucho tiempo. Pero llegó un día, no de tempestad, sereno y apacible, en que un sol espléndido evaporaba la escarcha de la noche y devolvía calor y vida á la naturaleza; un día que brindaba sonrisas y dulzuras, y del que menos que de ningún otro podía ella prometerse el desarrollo de aquel drama romántico por el que había de verse en libertad; y de pronto, sí, se vió libre, á cincuenta varas de su madre que cabeceaba de arriba abajo como llamándola ó dándole el postrero adiós, y á distancia también de sus hermanas, que libres como ella, se veían por allí desparramadas. ¡Qué alegría! ¡qué alborozo! La fuerza que hasta allí la impulsara ¿adonde la arrastraría?..... No había sino esperar para saberlo. Esperemos.

Y esperó sonriente, ávida de experimentar otras sensaciones distintas de aquéllas.



estremecimiento de que apenas si se dió cuenta, y se halló á poco violentamente poseida por unas manos toscas á cuyo impuro contacto sintió perder aquella virginal pelícua que, como velo de candor, envolvía su casto cuerpo. ¿Donde había caído? ¿qué le iba á suceder? Miedo y terror agitan su organismo, y por unos momentos siente la ausencia de su madre.

Tiranla á poco, juntamente con otras desdichadas, en un recinto estrecho donde yacen amontonadas y revueltas, estrujándose y constriñéndose. Todas cual ella perdieron la clámide que nada pudo desgarrar mientras permanecieron en el materno regazo. Era pues su suerte la de todas; por lo menos, la de tantas otras; pues si era la de tantas; ¿qué deplorarlo ni sentirlo? Sería ese su destino. Adelante, y á ver qué aventuras se sucedían.

Aquellos dolores que soportara esperanzada en la verificación de sus ensueños de ventura, los ve pronto acabados, y sustituidos por una dicha inmensa; sí, casi la que soñara; la dicha de verse conducida en piés ajenos, como regalada favorita, admirando paisajes diferentes á cada momento, y sintién-

dose acariciada y codiciada por los ojos de cuantos halla al paso. ¡Qué placer! ¡cuanta ventura!..... Ya dejó atrás los campos cuyas soledades la desesperaban. Ya llegó al pueblo cuya empinada torre había tantas veces admirado. Ya está en aquel otro mundo que se había fingido. Empezaba su felicidad.

Y súbito, impensadamente, como suceden las grandes catástrofes, á la voz de «arri-
ma el macho» se siente impelida, lanzada al fondo de una obscura mazmorra, contra cuyo enlosado suelo viene á magullarse, oprimiéndola y estrujándola al mismo tiempo todas aquellas compañeras sobre cuyos cuerpos tan bien lo había pasado durante aquel breve rato que duró su dicha, no amargada ni por la consideración de si por ella, sufrirían las otras. ¡Ay, infeliz! ¡cuánto ahora sufre por aquel rato de placer, no gustado apenas! ¡cuánto deplora la ausencia de la madre, y cómo lamenta que no hubiera sido más fuerte, doblemente fuerte, inquebrantable, la cadena que la sujetaba!

Perdurable fué para ella el tiempo no muy largo que estuvo en aquella lóbrega prisión de la que fué sacada, siempre revuelta con

sus compañeras, siempre en montón informe, y trasladada—por casualidad lo oyó decir—á la torba del molino, en cuyo centro no cayó por dicha, pues la suerte la posó en el punto de unión de ésta y el árbol del rulo.

Y desde allí vió estremecida, un día y otro día, cómo sus compañeras iban cayendo paulatinamente por el ojo de la torba, y formando un circular reguero que el cónico rulo, hecho rodar por una bestia, trituraba, convirtiéndolas en untosa pasta, la cual ya bien molida, depositaban en redondos capachos que llenos, bien llenos con ella, eran luego apilados bajo aquella palanca inmensa de peso incalculable, ó al pié de aquella férrea prensa por cuyo husillo bajan planchas pesadísimas, que esprimen la masa y hacen sudar á los capachos por todos los poros de su espartil contextura.

Y aún parece poco para la completa desangración, y se ayuda la acción de las mazas con agua hirviente que empapa los triturados organismos y les hace desprenderse de la rica savia en sus tegumentos contenida, la cual corre mezclada con lo sobrante de aquella, á grandes tinahones, en donde ese agua ya im-

pura, ese alpechín, es repelido dejándole en el fondo y flotando sobre él en gruesas capas, el líquido preciado que atesoraban sus entrañas.

Nuestra heroína ve al mismo tiempo que esto, cuantas operaciones y cuantas escenas en el molino se suceden; y de noche particularmente, cuando apenas si se oye otro ruido que el acompasado y monotonó de la esquila, que en el pescuezo lleva el mulo amarrado al varal, el crujido quejoso de la rosca del árbol, y el sordo y opaco de los huesos al ser triturados, contempla aquella plácida y sosegada escena que ante el fogón se representa, siendo los actores hasta una docena de personas de uno y de otro sexo y edades diferentes, las cuales escuchan con silencio religioso, á una que cuenta interesante historia. Es esta un espigado viejo, vecino del barrio, que allí busca amparo contra el frío, y que á las cinco de la tarde, apenas el sol puesto ó antes de que se oculte, ya tiene ocupado aquel grasiento sillón de Vitoria, desde el que va echando á la lumbre trozos y más trozos de los terrones que apilados en pedazos como abiertos abanicos, tiene al lado, y salu-

dando á aquel que sale, interpelando á este que llega, allí permanece tranquilo siendo un cosecón poco molesto, hasta que más tarde, cuando la noche retira de la calle á los rapazuelos de los empleados en el molino, llegan estos, también buscando el fuego, con sus carillas amoratadas y mocosas, los dedos inflexibles, y las orejas como carámbanos. Vivo ó no el fuego, no se hallan contentos si no le echan un trozo de terrón, y aún sin reñirse y picotearse por cualquier pretesto. Pone paz el tío Antonio, amagándoles con que no escuchará el cuento quien se malo; y disputando entonces los chiquillos sobre quien recuerda mejor el de la noche antes, sigue con la intervención del viejo la infantil contienda, hasta que á poco llegan también, alguna vieja con espejuelos y calceta, casadas de la vecindad con sus crios en brazos, y chiquillas parientes de este, del otro, ó del de más allá, que arman pronto no poco estruendo con que si fulanita hizo esto en la academia, y si menganita es una sucia, y si el papá de zutanita fué, vino ó tornó: reflejos de las murmuraciones algo más cautelosas que á sus madres oyen.

Hay quien trae consigo la cena de la chivalería, quien allí calienta las migas para el mamoncillo, quien llega solo á pedir unas ascuas; quien entra y sale husmando y oliscando y preguntando más que un juez investigador; mas cuando este tole tole ha concluido y el calor del fogaril ha empezado á ejercer su acción enervadora sobre la sangre inquieta de los rapaces, llega un momento encantador: el de empezar el cuento. Tío Antonio garraspea repetidas veces, espata al fin en la ceniza, y lanza el deseado »pué seño, dicen que tina ve» infalible comienzo de todo cuento que vive á cuenta de la tradición oral.

Los cuentos del tío Antonio, como todos los cuentos populares, son interesantes, románticos, maravillosos; en unos el hechizo y el encantamiento juegan con princesas bellísimas y campeones esforzados, á cuyos patéticos amores se oponen brujas y gigantes, endriagos y conjuros, cuyo poder satánico vence al fin la virtud, el valor, la intercesión de un divino poder; otros son la historia legendaria de un héroe; otros una poética encarnación del tipo genuinamente español ó ge-

nuinamente andaluz: adalid, estorzado, pendenciero, noble, pródigo, quijote. cristiano rancio que no perdonará sacrilegio si á la salud de sus amores interesa, y demócrata campechanote que no pone sus ojos más abajo de la hija de un rey ó de un poderoso príncipe. Variados en su desarrollo, múltiples en sus incidentes, raro es el que no entraña una profunda máxima moral, y ninguno hay que concluya sin que los héroes realicen sus propósitos, con lo que se les deja contentos y felices, quédalo también el auditorio que se había interesado por su suerte; y «colorin colorao, ya mi cuento está acabao.»

Han dado las ánimas. En descanso la atención, regocijado el ánimo por la felicidad de que disfrutan los héroes del cuento, y próxima la hora de dormir, los chiquillos se esperezan, á los mayores se les abre la boca, y empieza el desfile. Poco después, el molinero que ha estado cabeceando y soltando algún que otro ronquido mientras ha durado el cuento, da una voz á los mozos que en el otro extremo del molino y á la luz de un candel juegan al cané, uno da una vuelta á la molienda, otros suben la viga, y empiezan

los preparativos para el acomodamiento de aquella *cabeza* que el mulo tiene poco después suficientemente preparada, por lo que se le suelta y echa á la cuadra, cesando aquel ruido maldito que tiene en un ¡ay! á nuestra aceitunilla, convencida del fin amargo que la espera.

¿Por qué la tienen allí? ¿ni aún sirve su hermosura coruscante para llamar la atención? ¿ni hay un gallo que la pique, cuando de día anda aquello solitario y los alados vípedos por todas partes? Nada; ni aquella belleza llamativa con que se ufanaba, ni la morbidez y exuberancia de formas que la enorgullecían, significan ni valen cosa alguna. Y hoy menos que ayer, y mañana menos aún que hoy, porque se marchita, se consume; porque ya la cubre gruesa capa de polvo; porque nada es, sino para sufrir.

Vuelve á las dos de la mañana la bestia á ser uncida, y empieza á moler la otra cabeza que acaba ya entrada la mañana. Y otra vez el trasiego de la masa, y encapachar, y descargar la viga, y trasegar, y sacar los terrones, y hacer, en fin, las diversas taenas del molino. Hasta que un día....

Eran las doce. Un sol de primavera llegaba con sus rayos hasta el pié del árbol en cuya mediación ella se mantenía arrinconada. El molinero con su gorra y su pipa se había sentado afuera en el patio de las trojes, y por allí no había quedado más ser viviente que un gatazo rubio, el cual dormía tendido cerca de la puerta, dando al sol toda la superficie de su blanca panza. Embístele de pronto un perro forastero, arman ambos una sarracina en que ¡uff! y ¡guaus! se oyen repetidas veces; y ojo avizor y tembloroso aguarda el perro que huya su enemigo para acometerle en la carrera, y espera el gato, uraño y pelitioso, una ocasión para escapar: que no riñe él sino á la fuerza. Elige un momento que creyó de perlas, y ¡zas! ligero como el rayo, salta al alfange, á la torba, y por el árbol arriba, en un periquete está libre sobre aquel travesaño que iba de una á otra pared. En tan precipitada huida, sus uñas desalojaron á la aceitunilla de la pequeña cavidad en que había permanecido tantos días, con lo que aquella tarde pagó al amo su tributo.



EL DOCTOR CHULVY

Todos recordareis aún este nombre; todos hareis memoria todavía de esa lumbrera de la ciencia médica, á quien la fama puso en el cuerno de la luna, por los prodigios que realizó como Galeno. Aquellos elogios y aquellos ditirambos con que á diario lo ensalzaban los periódicos, al consignar las conferencias que daba, y las curaciones que hacía, aún resonarán en vuestros oídos, y acaso conserveis los impresos en que se ponderaban su sabiduría y su actividad. ¡El doctor Chulvy! ¡aquel médico inglés! ¿Pues se re-

cuerda otra cosa?..... ¡Si acaso no faltó quien se creyese estar enfermo por el solo gusto de que el doctor Chulvy le curase!

Y también recordareis ¡qué duda cabe! de su tipo gentil, cuando por las mañanas, apenas acabado de afeitarse, retorciéndose todavía las puntas de su gran bigotazo, rubio como el arquillo de oro de sus lentes, rosadas sus mejillas, el rostro grave animado por una expresión plácida de dulzura y bondad, y sosteniendo entre los dedos de su enguantada mano un hermoso tabaco, montaba en su ligero *coupe* y dirigíase á visitar la numerosa clientela que á su ciencia fiaba la curación de achaques y dolencias.

Pues ese doctor Chulvy, ese famosísimo Galeno, caballero de la real y distinguida orden de Carlos III y de la de Cristo de Portugal, miembro de la Sociedad Nacional de Higiene de Francia, y autor de muy celebrados libros sobre el tratamiento de la sífilis, bajó un día de su coche frente á la casa del barón de Hoyuelos, de aquel mismo barón de Hoyuelos que por entonces veáis con frecuencia revolcándose en las butacas y sofás del Círculo, mascando pastillas de menta ó liquen;

de aquel hombrecillo de color de barro crudo, enclenque y espiritado, que llevaba en su coche á *Salvador* cuando este mataba, y á quien tener una mujer hermosa no impedía estar continuamente de zambra y franca-chela.

La visita del médico no podía llamar á nadie la atención, porque era suceso corriente y ordinario en aquella casa. Con la poca salud de que el barón gozaba, no se podía ser el jaranista intrépido que él era, no se podía merecer justamente aquel dictado de *el destripador* con que le zalameaban sus camaradas, dictado que tenía origen en aquel sempiterno yacer con doncellas de lance y mujeres hermosas, cuyo conocimiento le proporcionaban Celestinas y casamenteras, de las que no había una en la ciudad que no contase al baroncito como predilecto parroquiano. Y si cosa distinta acaeció en otro tiempo, en estos á que nos referimos habiase observado, que á la visita ó entrevista con la buscona, sucedía inmediatamente la del médico, no de otro modo que si aquel depósito de linfa y humores escrufulosos pretendiera curarse por adelantado de los riesgos á que se esponía

ó de las consecuencia desastrosas que, á su constitución raquítica, pudiera la aventura acarrear.

No es eso, sin embargo. Es que el doctor Chulvy le mantiene, le hace vivir con perlas, con las perlas Chulvy, preparado especialísimo y secreto, que dá un brillo raro á sus ojos y un tinte de rubor á sus mejillas. Sin las perlas del doctor Chulvy, el baroncito hubiese muerto, si no de anemia, de una sofoquina ó de una gran vergüenza. Porque..... él lo decía:

—Chulvy, querido Chulvy: ha hecho usted ya milagros por mí. Necesito que haga otro más; el último, si usted quiere; el último, yo se lo prometo; pero es preciso, Chulvy; estoy ya comprometido, y..... me descerraría la tapa de los sesos.

—Acabareis por ahí, querido barón, apesar de mis perlas.

—Sí, bueno; no volveré á abusar; yo se lo prometo. Pero en esta ocasión, Chulvy..... Es una aventura deliciosa, y es preciso que yo esté bueno; ¿comprende usted? Es preciso que yo esté bueno.

Chulvy aconsejaba y advertía y exortaba durante no pocos minutos; pero al fin, com-

padecido, echaba mano á su famoso remedio y el barón de Hoyuelos iba á su aventura contento y satisfecho.

Tornaba de ella..... ¡ay como tornaba!.....

Chulvy no dejaba por ello, al verle nuevamente, de mostrar en su cabeza de apóstol y de sabio aquella sonriza de plácido interés que por sí sola infundía confianza en el más aprensivo, ni suprimía ninguno de aquellos solícitos cuidados que no merecen los enfermos incorregibles. Estos médicos de moda ¡son de lo más amables y mimosos! En el tono más cordial y con el más cariñoso acento, le dirigía cuatro frases de consuelo y esperanzas, en tanto que sus ojos, sus grandes ojos azules, abrasaban en una mirada intensa el blanco peinador ó la holgada y elegante bata que, cubriendo un cuerpo de esculturales formas, veíase en la misma alcoba del enfermo, á dos pasos de él, más cerca á veces.

—¡Al fin! — había exclamado Chulvy aquel día al recibir el aviso de que se le esperaba en casa del barón de Hoyuelos—Gracias á Dios. Temía que es imbécil hiciera demasiado caso de mis palabras, y dejara su vi-

da crapulosa: Dos meses ya. No dejó nunca transcurrir tanto tiempo.

Pero su sorpresa, su disgusto, su rabia no tuvo límites, cuando en la habitación inmediata á la alcoba, vió á Hoyuelos que le salía al encuentro, que agitado le cogía ambos puños, y estrujándoselos con una fuerza que nadie osara suponer en tan enclenque hombre, le decía:

—Chulvy, un milagro. Hoy es cuando necesito de su ciencia un milagro. Hoy es cuando lo exijo, Chulvy. Adela está enferma, y.....

—¡Adela!

—Sí; pase usted.

Era ella, la baronesa, la del peinador ó la bata, una mujer rubia de azules ojos y hechicero rostro, de turgente pecho y de nevado cutis, la que de súbito atacada por una intensa fiebre, por una enfermedad extraña, yacía casi exánime sobre el mullido lecho, y perdía la vida por instantes.

La muerte, enviada sin duda para poner fin á los achaques del barón, había equivocado el camino, y en vez de segar el cardo aquel, ya mustio y seco, se había posado so-

bre la hermosa flor, llena de aroma y de perfumes.

El doctor Chulvy vió la relidad como si fuese la aberración más estupenda, la negación del orden natural, el mayor imposible de este mundo. ¿Cómo, por donde, qué acarreama aquella muerte repentina?

Apenas empieza á reconocer á la enferma, pierde la color y se le heriza el bello al observar la transformación operada en las facciones de aquella hermosa mujer. Hundidos, muy hundidos sus grandes y rasgados ojos, afilada y purpúrea la nariz, los labios contraidos, y salientes los pómulos, su fisonomía casi ha desaparecido detrás de aquella máscara de muerte. Agitan su pecho conmociones violentas y le oprimen angustias mortales, se ahoga de fatiga, padece dolores crueles, muerde la almohada, se retuerce, delira, delira espantosamente.

—Chulvy—dice el barón nervioso y conmovido.—Un milagro, un milagro por ella; que se muere, y yo no quiero que se muera.

Febril, con ansias locas, síguela examinando Chulvy, y súbito, arrancándose de junto al lecho, toma al barón de un brazo, lo

arrastra brutalmente hasta el rincón más apartado de la alcoba, é intimidándolo con su mirada, le dice con furia, con grosería estupenda:

—¿Qué le habeis dado á esa mujer? Decid ¿qué le habeis dado?

—¿Yo?... ..

—Las perlas..... le quedaban algunas y.... ó acaso.....—balbucía el doctor lleno de miedo, como si se quemara la boca al pronunciar.

—¡Ah! ¿Puede ser.....?—pregunta el barón con aire estúpido.

—Las perlas ¡Decid!—repite Chulvy estrujándole el brazo.

—¡Oh! sí, sí; le he dado—responde Hoyuelos confundido.

—¡Miserable! ¡idiota!—ruge el doctor empujándolo contra el muro.

Y sin oir los alaridos, el voto y las interpelaciones del barón, saca la cartera y extiende una receta que él mismo da al criado que se presenta, apenas sonó la campanilla.

Vuelve al lado de la enferma, y allí le sigue el barón, quien ya más temeroso que irritado, le dice:

—¿Me dirá usted.....

—Nada. Sois un bestia.

—¡Vive Dios!,....

—¿Por qué le habeis dado esas perlas?

—¡Oh! Chulvy, mi buen Chulvy, usted no sabe.... Ahora que merced á los consejos de usted, yo le había devuelto mi amor, ella había dejado de amarme. Permanecía impasible y aún repugnaba mis caricias, y..... Todo menos que eso. ¿Nieve impenetrable al fuego de mis apetitos? No; tú me amarás como antes, más que antes. Y le dí perlas, esas perlas que hacen hervir mi sangre y agitan mis nervios y disparan mi espíritu. ¿Le han hecho mal, verdad?..... ¡Bestia de mí..... Pero usted la salvará Chuluy, usted ha de salvarla, ¿no es así?

—¡Dejadme! Ya veremos.

Pasó un rato, vino el criado trayendo una pócima que con dificultad le fué administrada porque, presa de contracciones nerviosas, no pudo abrirsele bien la boca, y se aguardaron sus efectos.

—No mejora, Chulvy—dijo Hoyuelos—
Quiero una junta.

—¡Junta!—repitió temblando el doctor

Chulvy—¡Junta!..... Y bien, sí. ¿Qué me importan el honor, la fama ni la vida? Sálvese ella, ella á quien yo he muerto miserablemente. Sálvese ella, y venga mi ruina. Sálvese ella aunque yo muera.

El doctor Chulvy sentía por ella una pasión ciega, volcánica, monstruosa; una de esas pasiones que acometen al hombre ya maduro y que son tanto más ardientes y voraces, cuanto más obstáculos hallan á su satisfacción.

Y ella no la había satisfecho todavía porque era honrada, ni ya nunca la satisfizo porque se había acudido tarde, y la junta aquella se limitó ordenar la práctica de algunos recursos extremos, que por desgracia no dieron resultado.

Y cuentan crónicas secretas que al terminarse aquella junta y despedirse los doctores de su compañero el que quedaba de médico de cabecera, el viejo doctor Ravé, quedándose el postrero, contestó á la amabilísima salutación de Chulvy, de este modo.

—¿Colega? Yo no soy colega de usted. Yo soy un médico honrado y de conciencia, y usted es un miserable vendedor de arseniatos y cantáridas.



DE MATANZA

Mientras en la casa todos se mueven de arriba para abajo, y apenas ha apuntado el día se enciende la chimenea, suena el carrillo del pozo, en el anafe se tuesta el recado, el almirez repica alegremente, y los lebrillos y sangraderas se han puesto en batería, el heroe de la fiesta duerme tranquilo y sosegado lanzando fuertes resoplidos, sin que la ausencia del rico desayuno le mueva todavía á dejar el abrigado lecho. De pronto interrumpen su augusto reposo, no las cariñosas manos del ama que llega á rascarle para verle des-

cuajaringado de gusto, si no las órdenes molestas de un desconocido que á patadas le arrea impeliéndole á salir de su palacio, sin prestar oídos á sus roncadas voces de protesta.

¡Cómo va! ¡con qué dificultad camina! Sus orondos lomos miden media vara sobrada; palpitante gordura le cubre 'los perniles; su redonda panza se dilata colgona hasta casi tocar el suelo y unirse á una papada que semeja un enorme montón de gelatina, y todo él parece una viviente mole cuya peso calcula quien le hostiga, abarcándolo con una mirada inquisitiva que refleja sañudo regodeo.

Sale del corral y llega á la cocina, donde le reciben casi todos los habitantes de la casa. ¿Por qué honor tanto?.,... ¡Eh, quieto! dícele un jalón de la soguilla. Cuatro hombres le rodean, y sin que le valga poner el grito en el cielo, ni su resistencia le defienda, ni el peso enorme de su cuerpo sea un obstáculo, por las orejas uno, por las manos otro, y dos por el rabo y por las patas, entre todos lo levantan en peso y lo tumban de lomos sobre una fuerte mesa, produciendo esta lucha miedo á los chiquillos que se replegan hacia los últimos rincones, ó se refugian entre las

enaguas de sus madres, asustados de aquellos estentóreos berridos y de la escena de violencia y crueldad que ante ellos se ejecuta.

Un súbito cerrar de ojos como el que el relámpago produce, acusa en sus rostros la feroz puñalada que con ancha y puntiaguda faca dá en el cuello al forzado su verdugo. Brota en grueso caño la sangre hirviente que se hace caer en limpia sangradera y una mujer agita sin cesar para privarla de fibrina. Los gritos del asesinado van siendo cada vez menos agudos, sus estremecimientos menos fuertes, sus sacudidas menos violentas; y al haber brotado por su herida un mar que todavía se aumenta achuchando su panza fuertemente, cesan sus clamores, estira los remos, queda quieto, y muere.

—Vamos, Celipín—dice á un chiquillo el matador, hombre nervudo que por todo abrigo viste á más de los zapatos, una camiseta lista y un pantalón de tela azul—Meneale el rabo para que eche más sangre y haya muchas morcillas.

Pero Celipín no está por ello; antes porque chillaba, y ahora porque lo ve tieso y tendido, su miedo continúa, y á la excitación

aquella sólo contesta sonriéndose y meciéndose el cuerpo agarrado al vestido de su madre.

—¿No quieres?—prosiguió aquel afilando sus facas en un eslabón de hierro en forma de punzón.—Pues déjalo. Ya no te doy la vejiga. ¡Eal Agua aquí, que vamos á lavarle el cuerpo al niño, y á ponerle una camisa limpia.

De la caldera puesta al fuego, sácase hirviente olla que se vierte sobre aquel cuerpo ya insensible: la faca sigue al chorro pelando y descostrando, y olla va y olla viene, rascones por aquí y por acullá, en un periquete la negrura ha desaparecido, y la carne se presenta blanca y sonrosada. Echasele aún más agua para arrollar toda peluza, friegasele la piel con un trozo de ladrillo nuevo si no quedó limpio á satisfacción, y se echa un cigarro descansado, en tanto las mujeres arrollan la basura y limpian ligeramente el suelo, salpicando sin querer á los chiquillos que ya andan por medio mirando aquí, tocando allá, revolucionándolo todo y en todas partes estorbando.

Quedó todo limpio y despejado; el mata-

rife tira la colilla y dándole nuevo pasavolante á su cuchillo, corta las patas y en los extremos de ambos perniles abre boquetes entre el tendón y el hueso para los extremos del camal, ya enganchado en la viga; tiran de la cuerda, y el hermoso animal queda colgado á una altura conveniente, produciendo ya su vista deliciosas sensaciones gastronómicas. A seguida un gran tajo á todo lo largo de su vientre, deja ver los seis dedos de carne que de gordo tiene, y el mondongo se precipita á la abertura, rollizo y humeante.

—¡La vejiga!—exclama uno de los chiquillos, apróximándose ganoso de tenerla,

—No es la vejiga, muchacho; quítate de enmedio—dice el cortador—¡Estos diablillos!.....

Da un cariñoso zosqui al más adelatado, y con el fragor y el entusiasmo de un verdadero artista poseído por la inspiración, aquel hombre, desnudos los brazos y cuchillo en mano, corta, desprende, raja con primor y destreza, sacando presto de aquel hermoso vientre un blanco y abultado mondongo, que deposita en la cercana mesa, y del cual aparta, la hiel cuya bolsa se conserva amarrada y

colgada de un clavo para quitar manchas del paño, y la vejiga que ya esperan impacientes los muchachos.

—Ya está aquí ella!—exclama.

Bátela con golpes repetidos sobre la misma mesa, la infla cuanto puede, y estrujándola luego, le hace despedir el aire, produciendo un ruido indecoroso que hace reír con ganas á los chiquillos. No es esta, sin embargo, la diversión que más puede satisfacer á todos, por lo que muy luego, inflada por el más complaciente padre, le amarran un hilo al cuello, y á modo de pelota, se la tiran, se pegan con ella, corren de un lado para otro empujándose y atropellándose, y armando una bulla y una zurrubanda que hace necesario despedirlos á la calle, puesto que aquel día, claro está, no hay amiga ni escuela.

Entre tanto el matarife ha ido sacando de aquella especie de caja de Pandora, la asadura que ya otro pica en una gran cazuela, para almorzar con ella aquella misma mañana; el hígado que, cocido y asado en parrilla y aliñado luego, constituirá un segundo plato, sabroso y succulento; las pellas que mañana ó más tarde serán derretidas por la más aficio-

nada á chicharrones; y teniéndolo con ello limpio y escueto, luciendo sus cubiertas costillas y sus hermosas magras, atraviesa una caña entre ambos los dos bordes del rajado vientre, á fin de que éste abierto, pueda todo orearse.

Ha concluido la primera parte de su faena. No así las mujeres, de las que unas preparan orzas y lebrillos para cuando empiece el destrozo; otras andan alrededor de los anafes, y otras, las más frescas y más saludables, están cuchillo en mano ante la mesa donde se echó el menudo, vaciando las tripas, que han de servir para los diversos embutidos; cortando las gorduras y filamentos del redaño, los cuales van á parar al lebrillo de la sangre, constituyendo con esta y otros despojos, el migajón de morcilla que se adobará luego con las especias necesarias; vaciando y limpiando el manto que, reducido á trozos y en unión de las mollejas, las pezuñas y las tripillas más estrechas, ha de comerse aquella tarde guisado en pepitoria; y en suma, apartándolo y distribuyéndolo todo convenientemente: que nada hay que se deba desperdiciar, y todo incita al aprovechamiento,

brindando cada cosa con un plato distinto y con un gusto diferente.

¡Oh, el héroe de este día!..... Sólo á última hora y no por completo, viene el hombre á reconocer la injusticia con que le trata durante la mayor parte de su vida, teniendo por vocablo torpe su nombre, que no pronuncia sin añadir en seguida un «con perdón sea dicho;» relegándolo al más inmundo rincón de la casa, y manteniéndolo con toda clase de basuras y desperdicios. No es de extrañar. El hombre ha sido, por regla general, ingrato siempre con sus bienhechores, y ha solido tratar peor á quien más debe. Que es feo y tosco, ha dicho de él un célebre naturalista; que es el más bruto de los irracionales; que sus costumbres son groseras y sus gustos asquerosos. Injusticia notoria y crueldad inaudita, tratarle de ese modo. ¿Feo? No; tiene cuando menos la belleza que lo bueno entraña; su tosquedad es falta de educación, como han probado caprichosos artistas de circos ecuestres, presentándonos á algunos que hacían mil habilidades; sus costumbres son las de tantos otros cuadrúpedos, que las reducen á comer y dormir, cuando otros

apetitos no los encienden; y de sus gustos, no hay que decir sino que á él se debe la trufa, esa rica patata de los aristócratas, la cual supo hallar en el seno de la tierra, siendo el primer gastrónomo que saboreó su exquisito gusto y perfumado aroma. No, no denigremos al ser infortunado que da jamón al sibarita y al anémico; tocino á la puchera del menestral y del obrero; salchichas para almorzar al estudiante y al empleado; *sandwichs* á la elegante dama en los días de gira ó de carreras y en las noches de aristocrático baile; cecina al cazador y la viajante, y rica mesa, en suma, y alimento y holgura durante algunos meses, al pobre campesino que se dignó criarlo. No hablemos mal ni tengamos en poco á quien recibir la muerte más cruenta, paga de aquel modo; reuniendo, ya á las doce del día, en torno de una grande mesa, á toda una familia numerosa, con sus parientes más cercanos, con sus vecinos más queridos, con sus amigos predilectos, y en opíparo banquete donde el vino generoso de la tierra, tan puro como barato, corre en prudente abundancia, los obliga con la merced, los mejora con la gratitud, y los divierte con la alegría que

el vino y el manjar apetecido saben producir.

Levantada la mesa, se vuelve por todos cada cual á su faena, y el matarife, ayudado del amo y cualquier otro, da principio al destrozo, separando el tocino que profusamente graneado con sal ha de ir á las orzas; el lomo que se guisará en blanco y en adobo y será el supremo recurso para casos imprevistos ó dias de apuros; los macizos perniles que serán, en tanto se curan ó acecinan el mejor adorno de la humosa chimenea, y luego el máspreciado tesoro de la despensa; las magras con que se han de hacer longanizas y chorizos, y todo, en fin, cuando se condimenta de diverso modo ó tiene distinta aplicación.

A estas alturas en que la chacina anda desparramada por aquí y por acullá, tienen ya invadido todo el ámbito de la casa, los aromas de la canela y el orégano que en los almireces se han molido con el clavo y la pimienta, el culantro y el comino, y la sal y los ajos que sazonan la preferida por Góngora cuando está á punto de reventar en la parrilla, á todos los manjares que en áureo plato

pueda comer un regalado principe; la llama-
da por Baltasar de Alcázar

gran señora

digna de veneración;

la sabrosa morcilla, en suma, que ya están haciendo las dos frescas mujeres del menu-
do, llenando del oloroso bodrio con embudi-
llos de lata, las tripas más gruesas, y ama-
rrando sus extremos con guita, por la que
mañana se ensartarán en larga y gruesa caña.

Y luego se harán salchichas y se harán
longanizas, que para todo da el dios de aquel
día; y una ó dos de ellas sobre un trozo de
carne, se mandarán á las cuñadas para que
no digan, á las amigas para que las prueben,
y al médico y á don Fulano y al señor Cura,
para satisfacer las exigencias de una genero-
sidad innata, aumentada por la abundancia.

Y pasa aquel día de trajín extremado á
que se pone término con una gran comida en
la que el vino corre en abundancia y la feli-
cidad y la alegría los inunda á todos, y pasa
también el día siguiente que en quietud y so-
siego le aventaja poco. Pero al tercero, ya
todo concluido, hay que ver á la esposa cómo
contempla su despensa, llena, atestada con

las orzas de tocino en los rincones, las cazuelas de lomo en las alhacenas, las cañas de longanizas y morcillas tendidas á lo largo de las paredes, los jamones guindados del techo, los chicharrones en diversos platos, y la manteca en otras dos orzas pequeñas, que apenas si hay en donde colocar. Su felicidad es completa; tiene para sus hijos y para su marido, todo aquel tesoro; los rigores y hambres del cruento invierno, no llegarán á castigarlos; ¿qué más pudiera desear?

Y bendice á Dios que le dispensa tanta dicha, y recuerda con dulce sentimiento al sér sacrificado que le proporcionó tanta ventura.

Digo, lector benévolo, que el héroe de este artículo mereció en justicia subir con San Antón á los altares, y que la Academia de la Lengua no hará nada de más el día que honre su nombre, hoy despreciativo, disponiendo que sea sinónimo de útil, reparador, benéfico y humanitario.
